

PRIMERA PARTE.



LOS DESCUBRIDORES.

CRISTOBAL COLON.

I

¿Sería Colón acaso el primer descubridor de la América? ¿ó antes que él otros navegantes arribaron á nuestras costas? Problema es éste que se ha discutido en todos los tonos y tiempos, desde el siglo xv, pero que, sin duda, jamás tendrá una resolución satisfactoria.

Herodoto, 610 años antes de nuestra éra, aseguraba que no había inconveniente en atravesar el Océano; Alberto el Grande, y después su discípulo Rogerio Bacon, creían que la tierra era redonda, y que debía de haber países desconocidos del otro lado del Atlántico, puesto que se decía que los navegantes fenicios habían atravesado el Océano. Algunos autores aseguran que las islas Canarias fueron pobladas por los fenicios, y que, no satisfechos con esto, habían continuado navegando hasta arribar á las costas de la Florida.

En cuanto á la América del Norte, no cabe duda de que los islandeses descubrieron la Groenlandia en el siglo ix, y que allí formaron una rica colonia, cuyos habitantes pasaban frecuentemente al continente europeo, en tanto que del americano sacaban maderas y pieles, visitando lo que hoy día se llama Nueva Escocia, costaando el Canadá y bajando algunas veces hasta el sitio en que se encuentra á Boston. Los naturales de aquellas tierras, dicen las tradiciones de Islandia, eran, sin embargo, tan salvajes y violentos, que los europeos no se atrevieron á colonizar las costas norte-americanas.

Asegúrase que se hallan muy bien descritas las tierras con sus golfos, promontorios y particularidades, en las sagas ó crónicas de Islandia. Andando el tiempo, creció á tal punto la colonia groenlandesa, que llegó á contar doscientas poblaciones: había gran número de iglesias y una catedral, en donde gobernaron la grey católica diez y siete obispos consecutivos, cuyos nombres se encuentran en documentos auténticos. Pero la frecuente comunicación con Noruega causó su ruina ulterior, porque cuando, á mediados del siglo xiv, la terrible peste negra asoló á Europa, llegó á Groenlandia, y fueron tales los estragos que hizo en la población, que á poco de haberla importado no quedaba una sola persona viva en toda la colonia!

Sorpréndese el lector al pensar que hubiera durado cinco siglos la colonia groenlandesa, cuyos habitantes conocían el continente americano, y que los sabios europeos no pararan mientes en semejante descubrimiento. Pero cuando se piensa en el estado de lucha y de desorden en que se hallaba Europa en aquellos siglos de reconstitución de las monarquías, se acaba la sorpresa. El Norte del antiguo mundo casi no tenía comunicación con el Sur, donde se hallaban los pocos hombres que guardaban encendida la antorcha de la ciencia, y allí la civilización cristiana batallaba á brazo partido con los turcos, los árabes y los musulmanes. Cuando al fin venció el cristianismo y se tuvo tiempo de respirar y de reconocerse, al fin del siglo xiv, la colonia groenlandesa había desaparecido y olvidábase sus tradiciones. Así, pues, aquel descubrimiento casual, hecho por personas ignorantes y que no continuaron aprovechándose de ello, en nada disminuye la gloria de Cristóbal Colón, quien, apoyado en la ciencia, atravesó el Océano deliberadamente, porque tenía fe en sus teorías científicas.

Algunos escritores católicos se han ocupado recientemente en estudiar las señales evidentes de un cristianismo olvidado, que se encuentran en las tradiciones americanas. En casi todas las crónicas de los aborígenes, desde Méjico y Yucatán hasta las tribus del Sur de América, se encuentra la tradición de la llegada de un hombre blanco á su tierra, el cual en unas partes decían que llevaba un manto adornado con cruces, en otras que llevaba una cruz en la mano, y que

enseñaba una doctrina que tiene muchos puntos de contacto con el cristianismo. Graves autores, tanto antiguos como modernos, tratarán de probar que ese hombre era Santo Tomás, el Apóstol; pero si aquello no es posible probarlo, ¿por qué no había de ser algún misionero católico de los establecidos en Groenlandia, que emprendiera viaje, solo ó acompañado, con el objeto de catequizar las tribus salvajes del continente descubierto por sus compatriotas?

Aquél también es un arcano que permanecerá cerrado, y en vano procuramos indagar un misterio que Dios no ha querido permitir que sondeemos.

Todo en lo pasado es maravilloso, inescrutable: nuestro entendimiento es tan limitado, á pesar de nuestro necio orgullo, que necesitamos ver y palpar los hechos para comprenderlos; y hay quien pretenda comprender la esencia divina del Creador y explicar la formación del mundo, por medio de ciencias inventadas por nuestra pobre inteligencia!

Puede decirse realmente que la ciencia, como la comprendemos hoy, no data sino del siglo xv; y aun los vislumbres que antes de aquella época se tenían, no habían bajado á las masas, y sólo vivían en la mente de algunos seres privilegiados. No había sido necesario hasta entonces ensanchar el campo de los descubrimientos territoriales para la marcha de la civilización, y por eso no se había encontrado quien guiara hacia nuevos horizontes. Pero cuando fué preciso dar un desahogo á la Europa y alimento á los espíritus aventureros de España, se encontró el hombre que señalara el camino desconocido hasta entonces. Los descubrimientos no se hacen populares sino cuando son necesarios; todo tiene su tiempo oportuno en la creación, y nada sucede antes ni después de lo que tiene determinado la Divina Providencia.

II

Cristóbal Colón nació, según todas las probabilidades, de 1435 á 1436, en Génova, ciudad libre de Ita-

ha, * pero á la sazón despedazada por facciones que se disputaban el poder con tal encarnizamiento, que no dejaban un día de tranquilidad á los ciudadanos. Hijo de padres pobres, la primera juventud de nuestro futuro descubridor se pasó en la más completa oscuridad. A pesar de las continuas guerras que despedazaban á Italia, aquel país era el más civilizado del mundo, y en él se hacía gran caso de las ciencias; así fué que Colón, no obstante la pobreza de su familia, obtuvo una educación científica, y cuando se embarcó como marino la primera vez, á la edad de diez y seis años, ya tenía buenos conocimientos astronómicos y cosmográficos, ganaba la vida haciendo mapas geográficos, y había estudiado el arte náutica. Nadie ha podido saber á punto fijo cuáles fueron los primeros países que visitó Colón, pero se infiere que recorrería, en la marina mercante de su patria, todos los puntos más importantes de la tierra conocida hasta entonces. Los genoveses, desde la antigüedad, se habían apoderado del comercio del mundo, y han sido siempre hasta el día los más hábiles marinos; pero en aquel siglo otra nación les hacía competencia en este ramo: Portugal. En aquel país era en donde el arte de construir mapas era más productivo, y en donde estaban más al corriente que en ninguna otra parte del mundo, de los descubrimientos geográficos que se hacían. Es, pues, natural que Colón visitase con más frecuencia á Portugal, porque sus mapas eran acogidos con aprecio, y él encontraba allí una atmósfera adecuada á su espíritu indagador. ¿Desde cuándo surgió en su espíritu el deseo de atravesar el Océano para ir á buscar la India? Nadie lo sabe; pero, sin duda, fué desde su juventud. Casado en Portugal con la hija de un antiguo navegante, tenía á su disposición todos los itinerarios de los viajes que éste había hecho; á más de esto, su casa era el punto de reunión de todos los marinos portugueses y extranjeros que iban á buscar allí los mapas que construía Colón para la venta. Así fué como poco á poco creció en su mente

* Yá en los momentos de dar esta obra á la estampa, leemos en un periódico que un sacerdote de la ciudad de Calvi (en Córcega) reivindica para su país natal el nacimiento del gran Descubridor, y ha recogido una suscripción para levantar una estatua en aquella ciudad, en honor de Colón.

y se desarrolló la idea de ir en busca de las Indias Orientales, dando la vuelta al mundo. Pero, con aquella paciencia que distingue al verdadero genio, no habló de la idea que le inspiraba, mientras no tuvo completa seguridad de que estaba fundada en la verdad. Una vez convencido Colón de que su proyecto era exacto, con laudable patriotismo se dirigió, en primer lugar, á Génova á pedir auxilio y recursos para llevarlo á cabo. Mas aquella república, ocupada tan sólo en sus guerras intestinas, le recibió con frialdad y le negó su apoyo; otro tanto hizo Venecia, á quien él se dirigió después. Rechazado en Italia, Colón volvió los ojos á su segunda patria, á Portugal. El rey, don Juan II le escuchó atentamente, le dió esperanzas y le entretuvo en la Corte, en tanto que enviaba algunos navíos por la ruta indicada en busca de la India, con el objeto de arrebatarle su gloria al Descubridor. Colón tuvo noticia de tamaña villanía al regreso de la expedición, que se había devuelto espantada con las borrascas que la acometieron en alta mar.

Indignado el Genovés con semejante perfidia, abandonó á Portugal y pasó á España. . . . Pocas personas ignoran la manera con que al fin logró Colón que los Reyes Católicos acogieran y protegieran su empresa, y todas las vicisitudes, casi novelescas, por las cuales pasó el Descubridor en España, desde 1484, en que llegó á la Corte, hasta 1492, en que pudo embarcarse en el puerto de Palos, el 3 de Agosto, con dirección al Nuevo Mundo soñado por él.

La época era la mejor escogida para ofrecer nuevas aventuras á los españoles. Acostumbrados durante más de seis siglos á gastar el sobrante de su actividad y denudedo en batallas contra los árabes invasores; se veían con la toma de Granada, fibres de luchas intestinas, y era indispensable para ellos buscar otro objeto en que ocupar sus fuerzas. De allí vino la popularidad de que gozó el proyecto de Colón desde un principio: los caballeros sentían la necesidad de echarse por esos mundos en busca de aventuras peligrosas, sin las cuales no podían vivir; el tipo de don Quijote siempre ha sido el retrato del carácter español de la Edad Media y del Renacimiento.

III

¿Quién no ha leído con hondo interés la narración de aquel primer viaje de Colón en busca de lo desconocido? . . . La sedición latente de la tripulación; las ofertas que les hacía el Descubridor; su profunda confianza, y el cobarde desaliento de sus compañeros; aquellas escenas conmovedoras en que el Genovés ponía de manifiesto su fé en Dios, su génio y sus esperanzas, en contraposición al terror, á la ignorancia y pobreza de ánimo de los otros: todo esto interesa vivamente. ¿Y quién no ha sentido un movimiento de entusiasmo cuando, al clarear el día 12 de Octubre de 1492, se ve á Colón de hinojos mirando las primeras tierras del Nuevo Mundo?

En el primer viaje Colón descubrió el archipiélago de las Lucayas y las islas de Santo Domingo y Cuba; en el segundo recorrió las costas de las islas de Guadalupe y Jamaica; en el tercero tocó por primera vez en Tierra-Firme, en las costas de Paria, y en el cuarto y último arribó á las riberas de lo que hoy día se llama Colombia.

Diez años después del portentoso descubrimiento del Nuevo Mundo, Colón, — triste, profundamente desengañado, fatigado y enfermo con tantas persecuciones como había sufrido, * se daba á la vela en Cádiz, el 19 de Mayo de 1502, para emprender su cuarto viaje.

Habiendo tocado en Santo Domingo, sus enemigos no le permitieron guarecerse en la rada de la Isa-

* Como la vida de Cristóbal Colón es tan conocida, particularmente en sus pasajes más dramáticos, no hemos querido extendernos, sino en la parte concerniente al descubrimiento especial de nuestras costas, que es lo que hemos tratado de narrar en esta biografía. Así pues, nada decimos de las persecuciones que sufrió de los envidiosos, que le acusaron de querer alzarse con el mando de las colonias establecidas por él en la Española; no hablamos de la ingratitude del perverso Alcalde Mayor Francisco Roldán, que se insurreccionó contra Colón, y después logró que los Reyes Católicos, asediados por los malquerientes del Almirante, enviasen un comisionado á indagar la conducta de éste, de donde resultaron su prisión y el deshonor que este acto ha dejado sobre el nombre de sus perseguidores. Todos estos hechos de la vida de Colón andan escritos en las innumerables vidas que se han publicado de él, y el que deese imponerse de ellos los encontrará fácilmente en todos los idiomas.

bela para escapar de un furioso huracán que amenazaba perderle; huracán que despedazó la flota de su enemigo el cruel Gobernador Obando, é hizo naufragar á Bovadilla. Pero si los hombres no tuvieron piedad del noble anciano, Dios le tuvo compasión y le salvó. Colón se detuvo en Jamaica algunos días, y después prosiguió la ruta que se había trazado en busca de un paso libre hácia la India, cuyas costas creyó, hasta la hora de su muerte, haber descubierto.

Todo parecía conspirar contra su deseo: durante sesenta días le acometieron sin cesar espantosas tempestades; estaba tan enfermo que no podía levantarse de su lecho, el que había mandado llevar sobre cubierta para dirigir desde allí la nave. Al fin, el 14 de Septiembre, avistó el golfo de Honduras y un cabo que se dirigía hácia el Sur, y que, costeándolo, le permitía aprovecharse de los vientos favorables, por lo cual lo llamó de "Gracias á Dios." Aquel punto forma la extremidad de Colombia por el Noroeste. Costeando siempre con dirección al Sur, y perseguido día y noche por huracanes, lluvias tropicales y estrepitosas tempestades, propias de aquellos parajes, la infeliz expedición continuó su viaje sin desalentarse. Varias veces creyeron que Colón estaba á punto de rendir el alma, y se detuvieron para saltar á tierra y proporcionarle algún alivio; pero entonces les atacaban los naturales, que salían á defender la tierra con grandes vocerías y estruendosos instrumentos músicos de guerra. El 6 de Octubre entró Colón en la hermosa ensenada que ha conservado el nombre del "Almirante," y allí encontraron las primeras muestras del oro del "Continente. El nombre indígena de aquellas costas era Veraguas, nombre que ha quedado á los descendientes del Descubridor, con el título de duques. El 2 de Noviembre llegaron al puerto que, por su sin par hermosura, llamó Colón "Portobelo," nombre que con razón le ha quedado; - y si aquel puerto no fuera tan insalubre, sería tal vez el más frecuentado, por ser el más hermoso, seguro y cómodo de todo aquel litoral.

Renunciando al fin á descubrir la vía hácia la India que deseaba encontrar, Colón, algo restablecido en su salud, resolvió regresar á Veraguas á explorar las ricas tierras en donde le habían dicho que se criaba el oro; y efectivamente, decía después que había visto

más oro en aquel lugar en dos días, que en la Española en cuatro años.

Empezaba el año de 1503 cuando Colón, contento con la riqueza de la tierra y el buen natural de los indígenas que había encontrado por allí, resolvió fundar una colonia, como se le tenía mandado la reina Isabel. Escogió para el caso las orillas del río Belén, en donde se edificaron diez casas, que fueron las primeras que levantaron los españoles en el continente americano; pero aquella tentativa fracasó, porque, habiéndose descontentado á los naturales, éstos se declararon enemigos, y tuvieron los descubridores que abandonar el proyecto y también la Tierra-Firme, la cual dejaron el 1.º de Mayo del mismo año. Yendo en vía para Santo Domingo, en embarcaciones destruidas por las tempestades y la carcoma, la expedición naufragó en las costas de Jamaica. Después de muchos impedimentos logró Colón mandar armar una pequeña embarcación en que envió algunos de los suyos á pedir auxilio á la Española; pero el Gobernador, que le odiaba, no quiso enviarle socorro, sino al cabo de un año, durante el cual el Almirante había sufrido inauditos tormentos.

Jamás se podrá describir un viaje más desastroso que aquel último de Colón; había sufrido en él temporales horribles, hambres, trombas de agua, sed, guerras con naturales por extremo salvajes, enfermedades constantes, motines, humillaciones, irrespetos á sus canas, y por último el naufragio y el abandono en una isla poblada de tribus enemigas, durante muchos meses de amarguísima angustia.

Al fin, después de estar á punto de perdarse en la mar varias veces, pudo Colón desembarcar en San Lúcar el 7 de Noviembre de 1504, al cabo de dos años y medio de constantes padecimientos. Al llegar á España le aguardaba una pena más, cual fué la muerte de su protectora la reina Isabel, quien falleció el 26 del mismo mes de Noviembre. Año y medio después Colón la siguió á la tumba, pobre, perseguido, profundamente triste y abandonado por los mismos que en un tiempo le habían adulado, pero lleno de fe en Dios y de esperanza en su misericordia infinita; dejando esta tierra de lágrimas para buscar su recompensa en el cielo, el 20 de Mayo de 1506, á los setenta y un años de edad.

Concluiremos estos pocos rasgos biográficos citando algo de lo que acerca de Colón dice un escritor norteamericano: *

“¿Cómo se debería definir la verdadera grandeza humana? ¿Cuál es la medida que debería servirnos para juzgar del mérito de un grande hombre? Diremos sin vacilar que el hombre más grande es *aquel á quien el mundo debe mayores beneficios*. Comparados los hechos con los resultados, nos atreveríamos á asegurar que Cristóbal Colón es el primero entre los hombres realmente grandes, y su puesto tiene que estar á la cabeza de la lista de los hombres más ilustres de todos los tiempos. Comparado este héroe católico con los Alejandro, los Aníbal, los César y los Napoleones, ¿á cuál de ellos debe el mundo tantos beneficios como á Colón? Las ciencias, el comercio y la Religión le deben más gratitud que á cualquier otro hombre; el Nuevo Mundo le respeta como á su Descubridor; la Iglesia católica le reconoce como á uno de sus hijos más santos, y la humanidad entera debe considerarse como deudora suya. No puede ser suficientemente elogiado el bellissimo carácter con que Dios le había dotado; sus hechos heroicos son innumerables; y así como sólo existe una América en el mundo, asimismo se encontró solamente un Colón entre los hijos de los hombres.”

* Lives of Catholic heroes and heroines of America—by John Okane Murray—New-York, 1880.

ALONSO DE OJEDA.

I

Entre todos los descubridores de nuestras costas, Alonso de Ojeda es el tipo que mejor reúne las cualidades y defectos de los antiguos caballeros españoles, tales como los pintan las leyendas de la Edad Media.

España fué durante muchos siglos el campo en donde todos los caballeros de la cristiandad iban á estudiar el arte de la guerra ; de la guerra, no como la entendemos hoy, sino como se usaba en aquellos tiempos en que el heroísmo y la felonía, la abnegación más completa y la crueldad más terrible, la generosidad más extraordinaria y los sentimientos más innobles moraban en unos mismos pechos.

Alonso de Ojeda era natural de Cuenca, capital de la provincia, partido y obispado del mismo nombre en la Castilla oriental, ciudad insignificante en la historia, pero poblada de una raza fuerte, robusta, parca é industriosa. Hijo de familia hidalga, pero de pocos recursos, tuvo la ventaja de educarse en casa de los duques de Medina Sidonia, en donde pasó su juventud en calidad de paje. En aquellas nobles familias españolas, los que vivían bajo su techo eran mirados como parte de ellas, y se les daba una cuidadosa educación marcial, propia para formar valientes hombres de guerra. Acompañaban á su señor á la Corte y á la guerra, y bajo su protección ganaban una buena posición en la sociedad. Alonso de Ojeda era pariente cercano de un alto miembro del Tribunal de la Inquisición, de su

mismo nombre, quien le presentó al famoso obispo de Burgos, que fué despues Patriarca de las Indias, don Juan Rodríguez de Fonseca ; pero cuyo nombre está manchado en los anales de la historia con las injusticias de que usó para con Colón y Cortés.

El joven Ojeda se ganó en breve la buena voluntad del Obispo, quien ofreció dispensarle su protección en primera oportunidad. Alonso tenia veintiocho años en 1494, era pequeño de estatura, ágil hasta causar sorpresa, y en todos los ejercicios de las armas, maestro consumado ; tenia el genio pronto y la vista perspicaz ; era valiente hasta la temeridad, vengativo hasta la crueldad, tierno de corazón con los débiles, y cortés con las damas ; pendenciero y duelista, pero hondamente creyente y por extremo observante de sus deberes religiosos.

El Obispo supo distinguir en aquel joven una alma bien templada y un corazón generoso, pero también notó que su carácter tenia un fondo de ambición que podía servirle en los planes que por entonces maduraba para perder á Colón. Envió, pues, al joven con un alto empleo en el segundo viaje que hizo el gran Descubridor al Nuevo Mundo, con el objeto de que tratara de vigilar la conducta de Colón.

Apenas llegó Ojeda al Nuevo Mundo, cuando empezó á hacerse notable entre todos. Enseñado á combatir en las *guerrillas* contra los moriscos de Granada, no había quien le igualara en aquel género de combate, y en breve su audacia le puso á la cabeza de todas las expediciones contra los desgraciados indígenas del interior de la isla. Hubo vez que lograra derrotar á diez mil indígenas con cincuenta hombres á sus órdenes ; no había nada que le arredrara ni empresa que no acometiera. Deseaba Colón tener en su poder al cacique más poderoso de la isla : Ojeda ofreció traérselo prisionero, robándosele del corazón del campamento indígena, y lo hizo con tal denuedo, que se juzgaría aquella aventura como imposible, si no la refirieran serios cronistas de cuya veracidad no se puede dudar.

Nuestro protagonista regresó á España en 1496, y el 22 de Mayo de 1499 volvió á hacerse á la vela con dirección al Nuevo Mundo ; pero en esta vez venia por su

cuenta y como jefe de la expedición, trayendo, para guiarse por ellos, los diarios y mapas que había levantado Colón en su tercer viaje, cuando descubrió el continente americano. El obispo Fonseca había cometido la felonía de entregar á su protegido los datos suficientes para que continuara el descubrimiento de Colón, contra la voluntad del Almirante. Sin duda la fama de las riquezas encontradas en Paria le había tentado, y facilitó los medios suficientes á Ojeda para que le diese parte en las ganancias de la empresa. La codicia, el amor desordenado al oro descubierto en el Nuevo Mundo, era la pasión dominante de los descubridores de aquellos tiempos en todas las jerarquías sociales y en todas las edades de los hombres. Era una manía, una locura incurable; todo lo arrostraban para lograrlo; nada les detenía, ni tenía nadie freno moral en su marcha vertiginosa en persecución de oro, y oro y más oro, á cualquier precio; era una enfermedad, un contagio general al cual pocos escapaban!

Con Ojeda, y en calidad de piloto, venía Juan de la Cosa, cosmógrafo de alguna fama ya, que había navegado por aquestos mares con Colón. En su compañía aparece también el nombre de Américo Vespucio, personaje que se hizo célebre después, no porque hubiese tenido mayores méritos personales, sino porque, sin saberlo, y tal vez sin desearlo, legó su nombre al continente descubierto por Colón.

Las tres carabelas (*) que componían la flotilla de Ojeda estaban tripuladas por marineros experimentados que habían acompañado á Colón en sus viajes anteriores. Atravesaron el Océano con vientos favorables en veinticuatro días, y vieron tierra cerca de la desembocadura del Orinoco. Fueron costeando sin desembarcar, por toda la orilla del continente, pero tomaron tierra en tres partes de la isla de la Trinidad, siguiendo el mismo rumbo que había tomado Colón. Tocarón en las costas del golfo de Paria, tratando amigablemente con los naturales en todos aquellos parajes. Visitaron la isla de Margarita, y en seguida continuaron su derrota, visitando puertos y ensenadas y rescatando perlas y

[*] La *carabela* era una embarcación muy usada en aquel tiempo, con una cubierta, un espolón en la proa, tres mástiles casi iguales y tres veigas muy largas, cada cual con una vela latina.

mantas, en cambio de baratijas europeas que daban á los aborígenes, hasta llegar á la isla de Curazao, que llamaron de los Gigantes, por haber visto en ella algunos indígenas de alta estatura. Algunas leguas más adelante surgieron á un golfo espacioso, pero de aspecto triste y desapacible, en cuyo seno notaron con sorpresa un caserío construido sobre una estacada en medio del agua. Admirados con un espectáculo nunca visto por los descubridores del Nuevo Mundo, Ojeda ó alguno de sus compañeros italianos lo comparó á Venecia, y llamaron el sitio Venezuela, nombre que conservó todo aquel litoral, que se convirtió después en una importante colonia española y siglos más tarde en floreciente República.

No habían andado mucho cuando descubrieron el magnífico lago llamado hoy día de Maracaibo, pero que Ojeda denominó de San Bartolomé, por haber llegado á él el 24 de Agosto. Sin penetrar dentro de la barra que divide el lago del mar, Ojeda llegó á la península que llamamos de la Goagira y en donde empieza el litoral de la nación colombiana. Los indígenas llamaban todo aquello Coquibacoa, desde el lago hasta la península. Ojeda no continuó muy adelante su rumbo, sino que, después de descubrir un cabo alto, "rodeado de tierra estéril y con un islote en su parte Oeste," que le pareció á lo lejos blanquear como la vela de un navío, —al cual puso el nombre de Cabo de la Vela,— resolvió abandonar por entonces su viaje de descubrimiento y buscar un puerto en donde poder carenar sus naves deterioradas por la broma.

Dejando, pues, la Tierra-Firme, dirigió la proa de sus naves sobre la isla Española, y entró en el puerto de Jáquimo el 5 de Septiembre de 1499. Recibiéronle allí los amigos del Almirante muy mal, fundándose en que no había tenido derecho de visitar las tierras descubiertas por Colón. De resultas de aquello tuvieron lugar reyertas y desaveniencias tales, que unos y otros se vinieron á las manos, combatieron como enemigos, y en la refriega murieron algunos y quedaron otros gravemente heridos. Viendo Ojeda que no podía sobreponerse á la fuerza y al derecho que asistía á Colón, á pesar de haber sido autorizado por el Patriarca de las Indias, abandonó definitivamente la expedición y se di-

rigió á España, llevando algunas perlas y poca cantidad de oro, pero gran número de indígenas cautivos que vendió en algunas de las Antillas y en la Península al regresar en Junio de 1500.

II

A pesar de las quejas que Colón vertió contra Ojeda, nada pudo obtener, porque el joven descubridor tenía un poderoso protector que le libró de todo mal y le proporcionó, además, el nombramiento en propiedad de Adelantado de Coquibacoa, con la condición de que fundase en el lugar que mejor le acomodara una población española.

Ojeda, no obstante su ambición de gloria y fama (no parece nunca haber sido codicioso de riquezas, y jamás las tuvo), hubo de aguardar dos años antes de poner por obra su viaje á posesionarse de la gobernación para la cual le habían nombrado. En aquella expedición llevaba dos malos socios: Juan de Vergara y García de Campos ú Ocampo, con quienes debía dividir las ganancias de la empresa.

Zarparon las cuatro embarcaciones que comandaba Ojeda, del puerto de Cádiz, á mediados del año de 1502, é hicieron escalas en las islas Canarias, en el Golfo de Paria, en la Margarita y en Cumaná, cautivando indígenas y utensilios para fundar su colonia más lejos. Todos sus compañeros se apropiaron cuanto pudieron, tanto esclavos como mantas y el oro que hallaron; sólo Ojeda, con noble desprendimiento, no reclamó para sí sino una hamaca.

Costeando por la península de la Goagira, al fin Ojeda resolvió detenerse definitivamente en una enseada que le pareció cómoda, y cuyos habitantes parecían mansos y bien dispuestos hácia los Españoles. Desembarcaron, pues, allí, y tomaron posesión de la tierra en nombre de los Reyes de España, dándole el de Santa-Cruz. Aquella iniciada colonia se hallaba en un sitio que hoy llaman Bahía-Honda, y en donde hasta el siglo pasado poseían los Españoles un fortín con una pe-

queña guarnición, para impedir el contrabando y poner trabas á las depredaciones de los indios goagiros, que compraban armas á los piratas para agredir á las poblaciones españolas.

Aquella colonia no subsistió ni tres meses, por varios motivos. Habiendo escaseado las provisiones, los Españoles no tuvieron la prudencia de conseguir alimentos con los naturales por buenos medios, sino que allanaron los alrededores con las armas en la mano, salteando las poblaciones, por cuyo motivo los indígenas les declararon una guerra cruel, haciendo insegura la residencia allí; al mismo tiempo el carácter altivo del Adelantado no podía soportar los ruines modales de sus compañeros, y por esta causa tenían diarios disgustos y desavenencias; y por último, la codicia de Vergara y Ocampo puso término á todo, pues deseosos de hacerse al botín que habían reunido, apresaron con felonía á Ojeda, le ahrojaron en una de las embarcaciones, y levado el ancla con todos los presuntos colonos, se dirigieron hacia la Española. Allí le acusaron de haberse querido apoderar de los quintos reales, y como cohecharon á los jueces, Ojeda fué condenado á pagar una gran suma á la corona. El apeló á los Reyes de España, y al cabo de un año de litigio fué absuelto; pero quedó tan pobre, que no pudo por muchos años volver á emprender expedición alguna.

Ojeda estaba radicado en la isla Española cuando volvemos á tropezar con su nombre en las crónicas de la época, en 1508, junto con el de Juan de la Cosa: ambos pedían al Rey de España que les concediera licencia para fundar una colonia en cualquier punto de la costa, adelante del cabo de la Vela. Juan de la Cosa pasó á España á gestionar el asunto; pero allí se encontró con un competidor, joven cortesano y rico, Diego de Nicuesa, que pedía la autorización para poblar las mismas tierras. El Consejo de Indias, queriendo obrar con justicia, concedió á ambos rivales lo que pedían, señalando á Nicuesa desde el Darién hasta el Cabo de Gracias á Dios, y á Ojeda desde el cabo de la Vela hasta el Golfo de Urabá. En compensacion, Juan de la Cosa se comprometía, en nombre de Ojeda, á construir cuatro fuertes en aquellos territorios, y á fundar una población para catequizar á los indígenas, apartando de todas las

ganancias que hicieran el quinto para el Rey. Con el objeto de manifestar el buen deseo que abrigaba el Gobierno español de que se sometiera á los indígenas del Nuevo Mundo por las buenas, mandó que no empezasen ninguna conquista ni emprendiesen batalla alguna sin que, por medio de intérpretes, se hiciese á los indígenas el siguiente requerimiento:

“Yo, Alonso de Ojeda, criado de los muy altos y muy poderosos Reyes de Castilla y de León, domadores de gentes bárbaras, su mensajero y capitán, vos notifico y hago saber como mejor puedo, que Dios Nuestro Señor, Uno y Eterno, crió el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de quienes vosotros y nosotros, y todos los hombres del mundo fueron y son descendientes procreados y todos los que después de nosotros vinieron: Mas por la muchedumbre de generación que de éstos ha procedido, desde cinco mil y más años que há que el mundo fué creado, fué necesario que los unos hombres fuesen por una parte y los otros por otra, y se dividiesen por muchos reinos y provincias, porque en una sola no se podían sustentar y conservar. De todas estas gentes, Dios Nuestro Señor dió cargo á uno que fué llamado San Pedro, para que de todos los hombres del mundo fuese Señor y superior, á quien todos obedeciesen, y fuese cabeza del linaje humano, doquier que los hombres estuviesen y viviesen, y en cualquier ley, secta ó creencia: y dióle á todo el mundo por su servicio y jurisdicción; y como quiera que le mandó que pusiese su silla en Roma, como en lugar más aparejado para regir el mundo, también le prometió que podrá estar y poner su silla en cualquiera otra parte del mundo y juzgar y gobernar todas las gentes, cristianos, moros, judíos, gentiles y de cualquiera otra secta ó creencia que fuesen. A éste llamaron Papa, que quiere decir Admirable mayor, padre y guardador, porque es padre y gobernador de todos los hombres. A éste Santo Padre obedecieron y tomaron por Señor, Rey y Superior del universo los que en aquel tiempo vivían, y asimismo han tenido á todos los otros que después de él fueron al pontificado elegidos, y así se ha continuado hasta ahora y se continuará hasta que el mundo acabe.

“Uno de los pontífices pasados que he dicho, como señor del mundo, hizo donación de estas islas y Tierra-

Firme del mar Océano á los católicos reyes de Castilla, que eran entonces Don Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria, y á sus sucesores, nuestros señores, y todo lo que en ellos hay, según se contiene en ciertas escrituras que sobre ello pasaron, según dicho es, que podéis ver si quisiéredes. Así que su Majestad es Rey y Señor de estas islas y tierra firme, por virtud de la dicha donación, y como á tal Rey y Señor, algunas islas y casi todas á quien esto ha sido notificado han recibido á su Majestad y le han obedecido, servido y sirven, como súbditos lo deben hacer, y con buena voluntad y sin ninguna resistencia, y luego, sin ninguna dilación, como fueron informados de lo susodicho, obedecieron á los varones religiosos que les enviaba para que les predicasen y ensenasen nuestra santa fe; y todos ellos de su libre y agradable voluntad, sin apremio ni condición alguna, se tornaron cristianos y lo son; y su Majestad les recibió alegre y benignamente, y así los mandó tratar como á los otros sus súbditos y vasallos: y vosotros sois tenidos y obligados á hacer lo mismo. Por ende, como mejor puedo, vos ruego y requiero que entendáis bien en esto que os he dicho y toméis para entendello y deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo, y reconozcáis á la Iglesia por Señora y superiora del universo mundo y al Sumo Pontífice llamado Papa, en su nombre; y á Su Majestad en su lugar como superior y Señor Rey de las islas y Tierra-Firme por virtud de la dicha donación: y consintáis que estos Padres religiosos os declaren y prediquen lo susodicho: y si así lo hiciéredes, haréis bien y aquello que sostenidos y obligados, y su Majestad, y yo en su nombre, vos recibirán con todo amor y caridad y vos dejarán vuestras mujeres é hijos libres, sin servidumbre, para que de ellas y de vosotros hagáis libremente todo lo que quisiéredes y por bien tuviéredes como lo han hecho casi todos los vecinos de las otras islas. Y allende de esto, su Majestad vos dará muchos privilegios y exenciones y vos hará muchas mercedes; si no lo hiciéredes, ó en ello dilación maliciosamente pusiéredes, certificoos que, con el ayuda de Dios, yo entraré poderosamente contra vosotros, y vos haré guerra por todas las partes y maneras que yo pudiere, y vos sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de Su Majestad, y to-

maré vuestras mujeres é hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé y dispondré de ellos como Su Majestad mandare; y vos tomaré vuestros bienes y vos haré todos los males y daños que pudiere, como á vasallos que no obedecen ni quieren recibir á su señor y le resisten y contradicen. Y protesto que las muertes y daños que de ellos se recrecieren, sean á vuestra culpa y no de su Majestad, ni nuéstra, ni de estos caballeros que conmigo vinieron, y de cómo os lo digo y requiero pido al presente escribano que me lo dé por testimonio signado" (1)

Este requerimiento era entregado desde aquel tiempo á todos los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo, pero sin duda pocos lo pondrían en práctica, no tomándose la pena de cumplir con una fórmula enteramente inoficiosa é incomprensible para los pobres salvajes. Pero aquel documento, que nos parece hoy el colmo de lo ridículo, fué compuesto, por orden del Gobierno, por un célebre escritor español, el doctor Juan López de Palacios Rubios, (2) y fué aprobado por los hombres más doctos de España; tan cierto es que cada época tiene su diferente modo de entender las cosas!

Pero, sin duda, yá para entonces el obispo Fonseca había dejado de proteger á Ojeda, cuya mala fortuna no debía de ser del gusto del Patriarca de las Indias, pues con dificultad pudo Juan de la Cosa reunir el caudal suficiente para aprontar la expedición. Además, el hijo de Colón, el Almirante don Diego, trataba de poner todas las trabas posibles á la empresa, alegando los derechos que tenían los herederos de su padre sobre todo el litoral descubierto en parte por él.

En tanto que Diego de Nicuesa podía disponer de una fortuna propia considerable, su rival tenía que apelar á la bolsa de sus amigos para echar á flote las

[1] *Acosta* — "Compendio histórico del Descubrimiento de la Nueva Granada."

[2] Palacios Rubios era un hombre muy notable de su tiempo, y tuvo parte en la recopilación de las "Leyes de Toro;" escribía por lo general en latín, menos una obra llamada "Del esfuerzo bélico, heroico," dedicada á su hijo.

Teknor.—History of Spanish literature.—Tomo 1.º, página 496.

cuatro embarcaciones que había conseguido, y eso muy pobremente aperadas... Aquella circunstancia hería tanto el amor propio de nuestro héroe, quien veía en Nicuesa un afortunado rival en todas las circunstancias de la vida, que, buscando motivos de disputa en los límites de sus futuras colonias, le desafió á singular y mortal combate, lo cual no se llevó á efecto, merced al buen sentido y espíritu práctico de Juan de la Cosa, quien puso fin á la disputa aceptando como límite de las gobernaciones el río Darién, que desemboca en el Golfo de Urabá, y obligando á Ojeda á que se embarcase prontamente y se alejase de Santo Domingo.

Antes de dejar la Española, Ojeda había nombrado Alcalde mayor de la futura población á un letrado, Martín Fernández de Enciso, bachiller muy feliz en su profesión de abogado, con la cual había hecho una pequeña fortuna en el Nuevo Mundo. Había entregado, para preparar la expedición de Ojeda, una parte de sus ganancias, y mientras que éste se hacía á la vela, el 10 de Noviembre de 1509, Enciso permanecía en la Española, con el objeto de fletar otra embarcación bien pertrechada de víveres y provisiones de toda especie, con la cual debía ir después á alcanzar á Ojeda, una vez fundada la colonia.

III

La flotilla de Alonso de Ojeda, en aquel su tercer viaje de descubrimiento, consistía en dos carabelas y dos bergantines, tripulados con trescientos hombres escogidos. Entre éstos aparece por primera vez el nombre de Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú, y había sentado plaza también como soldado en aquella expedición el futuro conquistador de Méjico, Hernán Cortés, pero felizmente para él enfermó el día de la partida y no pudo embarcarse.

A pesar de los consejos de Juan de la Cosa, que ya había visitado aquellas costas y conocía el temple belicoso de sus habitantes, Ojeda se empeñó en ir á sentar pie en el hermoso puerto de Calamar (hoy día Cartagena) para fundar allí una fortaleza. Y por cierto que

nuestro descubridor no tenía mal ojo, siendo aquella bahía una de las más hermosas de la América del Sur. (*)

Habiendo desembarcado con una parte de sus fuerzas, saliósele á recibir los naturales con señales evidentes de guerra. La Cosa volvió á amonestar á Ojeda para que desistiese de su proyecto de establecerse en un país enemigo, en donde los aborígenes, hasta entonces, habían rehusado tratar amigablemente con los Españoles. Pero Ojeda era tan terco cuanto valiente, y se empeñó en que los religiosos que llevaba leyesen en alta voz el requerimiento del Rey, que ya hemos visto, mandando á los intérpretes que lo tradujesen en lengua caribe, que era la de aquellos salvajes.

Como era natural, los indios recibieron la fórmula con indiferencia, y cuando Ojeda mandó que les mostrasen espejillos y otras baratijas europeas para acariiciarles con dádivas, los altivos salvajes miraron aquello como un insulto, y arrojaron contra los Españoles, con sus flechas y mazanas, con gran derruído y valentía.

"Todavía es tiempo de devolvernos, Ojeda; no tentemos á la Providencia!" exclamó Juan de la Cosa por la última vez. Pero viendo que el otro no le escuchaba, se preparó para acompañarlo á la pelea. En aquel primer combate derrotaron completamente á los naturales; — pero habiendo querido perseguirles hasta

(*) "Regúlase su total extensión de Norte á Sur, en más de un miriámetro, y forma en sus costas varias ensenadas. Toda ella es de mucho fondo y de buen tenedero. En vista de la configuración que le da la isla de Tierrabomba, la dividen los marineros en tres secciones; la meridional ó primer bahía, que corresponde á las entradas de Bocachica y Pasacaballos, con 14 á 16 brazas de fondo; la del centro, ó continuación, ó segunda bahía, correspondiente á la Bocagrande, con fondo algo mayor; y más al Norte la Caldera, que es tan abrigada como la mejor dársena.

Las aguas de toda la bahía son tan tranquilas, que cuando soplan con fuerza las brisas y hay vientos del Sur con turbonadas, jamás se alteran más de lo que puede suceder en un río; pero para tomarla no sólo se necesita de práctico, sino que se cuida de tener balizada la boca. Las mareas no guardan regularidad en la bahía ni aun en las costas exteriores, pues se ha observado que suben por un día entero, y bajan luego en cuatro ó cinco horas, sin pasar su elevación de 2½ pies. Abunda en sabroso pescado de muchas clases; son muy grandes las tortugas y disformes y feroces los tiburones que la infestan."

[Felipe Pérez "Geografía física y política del Estado de Bolívar."]

Yurbaco (hoy día Turbaco), (1) Ojeda fué destrozado por los aborígenes, y en el combate murieron desgraciadamente Juan de la Cosa y todos los españoles que les acompañaban, salvando tan sólo la vida el capitán y un soldado. Ojeda logró librarse de las manos de los salvajes, merced á la asombrosa agilidad y demuelo que poseía, y huyendo por medio del monte llegó á la orilla del mar, en donde le recogieron los que habían quedado en los buques, ya moribundo, y á punto de espirar de hambre, pero sin ninguna herida en el cuerpo. (2)

Estando en esta triste situación, arribó á Cartagena la escuadra de Nicuesa á tomar agua, y éste, con toda la nobleza de un caballero, olvidó sus resentimientos con Ojeda, y ofreció ayudarle á vengar la muerte de Juan de la Cosa y de los suyos. Unieron, pues, sus fuerzas los dos antiguos rivales, y atacando á los dueños de la tierra, no dejaron vivo un solo indígena de los que les cayeron en las manos: hombres, mujeres y niños, todos fueron sacrificados é incendiadas las poblaciones y sementeras!

Una vez concluida esta fechoría y recogido y dividido el oro que hallaron sobre los cuerpos y en las habitaciones de los naturales, Nicuesa continuó su derrota en busca de la tierra que le tocaba, y Ojeda, levando las anclas de sus naves, se dirigió al Golfo de Urabá,

[1] "Turbaco, pueblo de indios á 2 miriámetros de Cartagena, casi sobre la cumbre de unas montañas. Es notable este pueblo desde el principio de la conquista por la lucha que sostuvo contra los españoles, y después por el papel importante que ha desempeñado en la historia militar del país. Turbaco ha sido preferido siempre por sus baños y temperatura por las personas ricas de Cartagena, las que han hecho allí habitaciones cómodas: fabrica canastos muy estimados y cosecha frutos. Fué encomienda de don Jerónimo de Portugal, quien la erigió en parroquia en 1546, pasando después á la corona."

[Felipe Pérez—"Geografía física y política del Estado de Bolívar."]

(2) "Llegaron á donde había, junto al agua de la mar, unos manglares, que son árboles que siempre nacen, crecen y permanecen dentro del agua de la mar, con grandes raíces sólidas, y enmarañadas unas con otras; y allí metido y escondido hallaron á Alonso de Ojeda, con su espada en la mano y la rodela en las espaldas, y en ella sobre trescientas señales de flechazos. Estaba de caído de hambre, que no podía echar de sí la habla, y si no fuera tan robusto, aunque chico de cuerpo, fuera muerto."

Las Casas, Libro 11. Capítulo 58.

sitio que tanto le había recomendado Jnan de la Cosa, por haberlo él descubierto, en unión de Rodrigo de Bastidas, en 1501.

Costeando por toda la orilla del litoral, Ojeda pasó por frente de la punta de Carivana, que es la entrada del Golfo de Urabá, y penetrando en él encontró que todas las orillas eran bajas; pero más adelante, habiendo notado un sitio al parecer ameno, en medio de dos ríos, y teniendo á su espalda algunas colinas cubiertas de monte, resolvió anclar allí y echar los cimientos de una de las fortalezas que se había comprometido á levantar.

Como sus compañeros tenían mucho las flechas envenenadas que usaban los indígenas de aquellos parajes, resolvió Ojeda bautizar la iniciada población con el nombre de San-Sebastián, erigiendo una fortaleza compuesta de fuertes palizadas. Pero si el sitio escogido había parecido agradable y ameno á primera vista, en breve encontraron que los alrededores estaban plagados de indígenas feroces que no admitían ninguna alianza con los Españoles. De noche se desvelaban oyendo la voz del tigre y de las panteras que daban vuelta á las habitaciones buscando su presa; perseguíanles el murciélago, los enjambres de zancudos, de alacranes de monte y arañas venenosas; y de día no podían acercarse á los ríos, de miedo de los caimanes y de la infinidad de serpientes venenosas que poblaban la tierra. Por último, el hambre vino á empeorar la situación. y en un combate con los naturales Ojeda fué herido, de un flechazo envenenado, — la primera vez que lo fué en su vida, — lo cual desmoralizó á los suyos, que tenían una confianza completa y habían llegado á creer en la invulnerabilidad de su Capitán. Pero si Ojeda fué herido, no por eso se dejó morir como sus compañeros, sino que, resolviendo salvarse la vida á cualquier precio, se hizo aplicar un hierro candente en la herida envenenada, remedio heroico que nadie quiso aplicarse después, pero que le salvó la vida á él, é impidió que sus subalternos se entregaran al desaliento. Mas Ojeda jamás volvió á recuperar por completo la salud de que había gozado hasta entonces, y cada día escaseaban las provisiones y moría alguno de aquellos desgraciados á manos de los indígenas

ó de las enfermedades. Se pasaban, sin embargo, las semanas y los meses, y á pesar de que el Gobernador había mandado una de sus embarcaciones á la Española á pedir los auxilios prometidos por Enciso, éste no parecía; y la colonia hubiera muerto de hambre, si no llegara á aquellos parajes un bandido llamado Talavera, quien les vendió á precio de oro algunas provisiones, robadas por él en la Española junto con el bergantín en que se había embarcado.

Viendo Ojeda que Enciso tardaba y que los colonos empezaban á desesperar, ofreció ir personalmente á la isla Española para activar la remesa de los auxilios, dejando el mando de la Gobernación á Francisco Pizarro, con orden de abandonar la colonia si el Capitán no volvía antes de dos meses.

Embarcóse, pues, Ojeda en el bergantín de Talavera, con dirección á la Española; pero apenas el bandido tuvo al Gobernador del Darién en su poder, viendo que pretendía mandar en la embarcación como capitán, le hizo prender y encadenar, rehusando volverle la libertad, hasta que, acometido el buque por un recio temporal frente á la isla de Cuba, tuvo á bien soltarle para que procurase librarles del naufragio.

No solamente era Ojeda jefe de primer orden, valientísimo soldado y militar de gran pericia, sino también hábil marino; mas, cuando acudieron á pedirle consejo en aquella circunstancia, ya era tarde, y no pudo impedir que la embarcación se hiciese pedazos en los arrecifes de la costa cubana, logrando sólo que se pudiesen salvar sus compañeros con vida.

Pero si nuestro protagonista había tenido que sufrir grandes penalidades en su vida, los trabajos que padeció entonces fueron los peores imaginables. Perdió los naufragos en las orillas cenagosas de aquella isla, sin atreverse á penetrar en el interior, temerosos de ser acometidos por los indígenas, desarmados en medio de mil peligros, muertos de hambre, fatigados y sin fuerzas, muchos murieron en los pantanos por enmedio de los cuales tenían que transitar de día, pasando las noches abrazados de las raíces de los mangles para no perecer ahogados.... De esta manera habían caminado durante cuarenta días, cuando Ojeda, habiendo perdido más de la mitad de sus compañeros,

acudió á pedir axilio á la Virgen María por medio de una imagen que llevaba siempre consigo. Todas las noches colgaba aquella imagen sobre su cabeza en las ramas de los árboles, y desde que salió la primera vez de España en la expedición de Colón, diez y seis años antes, jamás se habia separado de la preciosa reliquia. Pero viéndose en aquel estado de angustia, hizo solemne voto de que si la Virgen intercedía por él y sus compañeros, se separaría para siempre de la querida imagen, la erigiría una capilla en el primer pueblo indígena que les acogiera bien, y la dejaría allí para el bien de los indios.

Pocas horas después de haber hecho aquel piadoso voto, lograron los náufragos salir del pantano y ser acogidos con hospitalidad por un cacique de un caserío cercano..... Ojeda cumplió religiosamente con su voto: después de haber enseñado una oracion al cacique amigo, mandó levantar una capillita en donde colocó la imagen, y despidiéndose de los sencillos naturales pasó á Jamaica y de allí á Santo Domingo.

Una vez que llegó á la Española, tuvo noticia de que Enciso habia partido dias antes con auxilios para la colonia de San-Sebastián, y entonces, sintiéndose fatigado de la vida en cuerpo y en alma, desengañado y triste, se retiró á un convento franciscano, en donde murió poco después, mandando que le sepultasen bajo le quicio de la puerta de la iglesia, para que su tumba fuese hollada á todas horas por cuantos penetrasen en el Santuario de Dios, con el objeto de castigar sus pecados capitales: el orgullo y la soberbia.

La existencia de Ojeda es un tejido de acciones asombrosas de valor heroico, de crueldad, de venganzas y de paciencia, y si adolecía su carácter de los defectos de su tiempo, también brillaron en él las cualidades del caballero con la audacia del aventurero y del soldado español de la época.

JUAN DE LA COSA.

Desde años atrás había empezado mis investigaciones relativas á este célebre marino, y tenía ya el trabajo muy adelantado, cuando tuve la fortuna de dar con un número del Boletín de la Sociedad de Geografía de París, en el cual encontré una noticia excelente, escrita por M. de la Roquette, Vicepresidente de aquel sabio cuerpo, sobre la vida y hechos de Juan de la Cosa. Parecióme que, en lugar de escribir una nueva noticia por mi cuenta, con extractos de aquel trabajo completo, sería más leal y modesto de mi parte el traducirla simplemente y darla como tal. Así lo hice, y no dudo que mis lectores ganarán más con la traducción que va en seguida que con un escrito de mi redacción.

“ Teníamos intención de presentaros un estudio acerca de la vida y obras de un gran navegante, de un eminente hidrógrafo español, de Juan de la Cosa, piloto de Cristóbal Colón. Este trabajo, revisado y aprobado por el baron de Humboldt, que tuvo á bien considerarlo *importante é interesante*, en una carta que nos hizo el honor de escribirnos de París hace cerca de veinte años (la que conservamos preciosamente), fué por casualidad hallada últimamente entre nuestros papeles, y de ello tendremos el gusto de hablaros hoy.

“ Decíamos en aquel opúsculo que, á pesar de la justa celebridad, de los méritos y de las obras de Juan

de la Cosa, habiendo obtenido durante su existencia la confianza del inmortal descubridor del Nuevo Mundo, y además los elogios de la mayor parte de los *conquistadores* y de los historiadores de los primeros tiempos del descubrimiento, así como de los historiadores modernos, sin embargo, como por una fatalidad, ningún biógrafo le había dedicado mención especial; y esta falta es la que procuraremos corregir.

“No os ofreceremos ahora sino un esbozo rápido, y sin duda sobrado imperfecto de nuestro primer trabajo, al que añadiremos algunas líneas acerca del *mapa-mundi*, obra capital de Juan de la Cosa, y el único monumento geográfico que de él se conserva y del cual veréis una admirable copia en este recinto.

“No se tiene noticia exacta de la fecha precisa del nacimiento de Juan de la Cosa, aunque se puede fijar aproximativamente en la segunda mitad del siglo XV. Se sabe que era originario de Santoña, pequeño puerto de la provincia de Santander, sobre el golfo de Vizcaya; así es que los contemporáneos le llamaban frecuentemente *el Vizcaíno*.

“Juan de la Cosa era conocido como un buen marino y hábil constructor de mapas, cuando Cristóbal Colón, que le consideraba como su discípulo y le apreciaba mucho, lo llevó consigo, como su piloto, en el segundo viaje que hizo en 1493, á lo largo de Cuba y al derredor de Jamaica, viaje que se terminó en 1496. A su regreso á España, La Cosa se retiró á su pueblo natal, el que también abandonó en breve para ir á fijarse en el puerto de Santa-María.

“Se tienen pocas noticias acerca del empleo que hizo de su tiempo hasta el mes de Mayo de 1499, cuando Alonso de Ojeda (que le conocía desde que anduvo con él en el segundo viaje de Colón) le escogió para piloto suyo en una expedición de descubrimiento que emprendió al Nuevo Mundo, en unión de Américo Vesputio. Durante este viaje, que terminó mal, La Cosa tuvo la fortuna, sin embargo, de visitar cuidadosamente las costas de Paria, por lo cual Herrera le llama descubridor de Paria, á pesar de que ya esos sitios habían sido descubiertos por Colón en el año anterior.

“Devuelto al puerto de Santa-María en el mes de Junio de 1500, La Cosa terminó su célebre *mapa-*

mundi, en el cual nos ocuparemos más adelante. Hacia esa época Rodrigo Bastidas obtuvo licencia de visitar las Indias Occidentales, y con este motivo consultó con La Cosa la ruta que debería seguir, y por último se le llevó como su principal piloto. Salieron los expedicionarios de España en Octubre de 1500, y orillando las costas de Tierra-Firme, visitaron el golfo de Urabá, el puerto del Retrete ó de los Escribanos, el istmo de Panamá y algunas otras localidades. Pero el mal estado de sus embarcaciones, y el arresto de Bastidas, á quien se le acusó de haber hecho sin autorización negocio de oro con los indios, puso término á la expedición, y La Cosa regresó á España en los últimos meses de 1502.

“Para recompensar los servicios prestados por nuestro piloto á la causa del descubrimiento, no solamente viájando á su costa, sino exponiendo frecuentemente su vida, la reina Isabel le nombró, por cédula real del 3 de Abril de 1503, Alguacil Mayor de Urabá, empleo que no tuvo sino más tarde.

“Encargóle su Gobierno en seguida de una misión á Lisboa, cerca del rey de Portugal, con el objeto de pedir explicaciones acerca de acusaciones que se le hacían al Portugués por haber hecho excursiones en los dominios españoles en las Indias. Pero este Gobierno, en lugar de dar las satisfacciones que se le pedían, hizo aprehender y encarcelar á La Cosa. Sin duda recobró muy en breve su libertad, porque en Octubre de 1503 ya estaba otra vez en la corte de España, en Segovia, en donde declaró á la Reina que había descubierto que no solamente los portugueses habían hecho un viaje de contrabando en las tierras pertenecientes á España, sino también que, á pesar de sus promesas, habían mandado otra expedición á aquellos parajes que no les pertenecían. Aprovechó esta ocasión nuestro piloto para presentar á su soberana los mapas hidrográficos de las Indias, que él había trabajado, así como el mapa que conocemos y que lleva la fecha de 1500.

“En 1504, La Cosa obtuvo la misión de vigilar, con cuatro navíos armados y equipados de guerra, las costas de Tierra-Firme de Indias hasta el golfo de Urabá. Llenó su encargo con muy buen éxito, puesto que reconoció y estudió á fondo aquellos litorales, negoció con los indios é impidió las usurpaciones portuguesas.

Debió de hacer buen negocio, pues que entregó al Tesorero general Martienza el 5.º de la Corona, que constaba de 50,000 maravedís, por lo cual obtuvo como recompensa una pensión de una suma igual á la que había entregado. En esta expedición él era capitán y piloto al mismo tiempo. Como la Corte de España no cesaba de desconfiar de la mala fe portuguesa, al regreso de Juan de la Cosa, en 1507, puso el Gobierno español á órdenes del piloto dos navíos, para que con ellos vigilara las costas españolas, desde el cabo de San Vicente hasta Cádiz, y capturara todo navío portugués que pareciera volver de las Indias. Sin embargo, esta expedición no tuvo ningún resultado, y así Juan de la Cosa fué enviado con sus dos carabelas de nuevo á Indias. Allí no solamente atendió á los mandatos de su Gobierno, sino que completó sus descubrimientos y traficó con provecho con los indígenas. Sin duda Bastidas le acompañó en aquel viaje, porque encontramos que tanto Juan de la Cosa como Bastidas recibieron 100,000 maravedís sobre los productos de la expedición, en la cual parece que recogieron una suma de 300,000 maravedís. Cuando volvió á España La Cosa, obtuvo que la reina Juana le confirmara en 1508 el nombramiento de Alguacil Mayor de Urabá, empleo concedido en 1503 por la reina Isabel, siendo hereditario para su hijo.

“Habiendo armado Juan de la Cosa un navío y dos bergantines con 200 hombres, partió en Noviembre de 1509 para Santo Domingo, á encontrarse con Alonso de Ojeda, que había sido nombrado Gobernador general de la Nueva Andalucía, de quien él era teniente general. En Santo Domingo tuvo ocasión de hacerle al futuro Gobernador un señalado servicio. Disputábanse Nicuesa y Ojeda los límites de sus respectivas Gobernaciones en Tierra-Firme; pero habiendo uno y otro nombrado árbitro en el asunto á Juan de la Cosa, éste obró con tanto tacto, que logró ponerles en paz, dividiendo entre los dos el río Grande del Darién: el uno debía adueñarse de la ribera occidental y el otro de la oriental. En el año siguiente (1510) nuestro piloto se justificó de las acusaciones que le hacían los Portugueses: de haber hecho descubrimientos indebidos del otro lado de la línea señalada á los Españoles. Es cierto que

esta acusación nunca había tenido mayor seriedad y su Gobierno no había hecho alto en ella.

“Durante su expedición con Ojeda, La Cosa se empeñó mucho con él para que fundasen la primera colonia proyectada en el rico y fértil terreno del golfo de Urabá, en donde decía que habitaban indios pacíficos y hospitalarios. Sin embargo, Ojeda no quiso escuchar este consejo, ni tampoco atendió á lo que le decía, de que no atacase una tribu de indígenas feroces é indomables que moraban en el lugar en que hoy día está situada Cartagena. Ojeda no solamente les atacó, sino que, olvidando la prudencia y desoyendo las súplicas de su Teniente, se internó hasta el pueblo vecino, en donde los indios se defendieron con tanto brío, que mataron con flechas envenenadas á gran número de españoles, rodearon al mismo jefe, quien hubiera perecido en aquel sitio, si Juan de la Cosa no le socorriera á costa de su vida, pues murió allí atravesado por mil saetas envenenadas.

“Aquella muerte fué en breve vengada por sus amigos. Ojeda unió á las tropas de Nicuesa los soldados que le quedaron, y marchó contra los indígenas descuidados, matando centenares é incendiando sus ranchos.

“Para honrar los servicios de La Cosa, el rey de España permitió que la viuda del piloto conservara los indios que habían pertenecido á su difunto marido, y le otorgó, además, una suma de 45,000 maravedís. Ignoramos cuál fuera la suerte del hijo de Juan de la Cosa, á quien debía tocar el título de Alguacil Mayor de Urabá.

“Os hemos hecho presentes los principales rasgos de Juan de la Cosa, así como su muerte deplorable; ahora nos ocuparemos en el documento que nos ha dejado, el que por sí solo podría hacer su nombre imperecedero: hablamos del mapa, cuya copia exacta tenemos á la vista, merced á M. Jomard.

“El original de este precioso é inestimable monumento geográfico de la Edad Media está trazado en una grande hoja de pergamino, de forma ovalada y artísticamente iluminada. El mapa consta de las partes de América conocidas hasta 1500, época en que La Cosa lo trazó, así como las partes de Europa, Asia y Afri-

ca conocidas en aquella época, y tiene el siguiente epígrafe:

Juan de la Cosa lo hizo en el puerto de Santa-María en el año de 1500.

“Para comprender la importancia de este mapa, — dice el baron de Humboldt, — bastaría recordar que es seis años anterior á la muerte de Colón, y que los mapas más antiguos de América (no insertos en las ediciones de Tolomeo ni en las cosmografías del siglo XVI que se han conocido hasta hoy) son de 1527 y 1529, de la biblioteca del Gran Duque de Sajonia Weimar.”

“Es probable que las relaciones íntimas que tenía el navegante y cosmógrafo español Martín Fernández de Enciso con Juan de la Cosa, no le hubieran sido inútiles, y debió de haberse aprovechado de sus conversaciones con él y de la vista de su mapa para formar después la *“Suma de geografía que trata de todas las partes y provincias del mundo: en especial de las Indias;”* obra sumamente curiosa, impresa en Sevilla en 1519, y que tradujimos del español cuando publicámos por primera vez una noticia de Enciso en la *Biografía Universal*, cuando hasta entonces su nombre estaba ausente de todo diccionario biográfico.

“Por una feliz circunstancia, el original del mapa de La Cosa fué descubierto y comprado á precio ínfimo, en 1832, por el baron Walcknaer, quien inmediatamente se lo comunicó al barón de Humboldt. Al fallecer Walcknaer (en 1852), este mapa fué puesto en pública subasta y adjudicado al Gobierno español por 4,200 francos, no sin que hubiese sido vivamente disputado por diferentes establecimientos extranjeros y particularmente por nuestra Biblioteca imperial, á quien representaba uno de nuestros directores, M. Jomard.

“Humboldt, en varias de sus obras y también en la *Introducción al examen crítico de la historia de la geografía del nuevo continente*, dice que entre él y el baron Walcknaer habían descubierto en 1832 el importante mapa de Juan de la Cosa. Y como Walcknaer nunca contradijo á Humboldt en aquello, es cosa averiguada que este sabio no sólo reprodujo trozos del mapa en menor escala, en la obra mencionada, sino que también tuvo parte en su hallazgo.

“Fuera de Humboldt, un sabio español, don Ramón de la Sagra, publicó en 1837 la parte del nuevo continente que se halla en el mapa de Juan de la Cosa, en una obra titulada : *Historia física, política y natural de la isla de Cuba*. En 1842 un infatigable erudito portugués, el vizconde de Sentarém, en su Atlas de la Edad Media, reprodujo también la parte de Africa trazada por La Cosa.

“Sin embargo, el único que ha copiado perfectamente el mapa en la misma escala y con sus mismos colores, ha sido M. Jomard, á quien se debe este gran servicio, ejecutado á su costa y sólo por amor á la ciencia.” (*)

[*] *Boletín de la Sociedad Geográfica de París*, número 17, tomo 8.º, año de 1862.

AMÉRICO VESPUCCIO.

I.

Con Alonso de Ojeda había pasado al Nuevo Mundo, en 1499, para ocuparse en los descubrimientos de la Tierra-Firme, un geógrafo y cosmógrafo italiano que se firmaba *Amerrigo Vespucci*, el cual, además, era escritor de algún talento, pero cuyas narraciones son poco verídicas.

El Italiano había nacido en Florencia el 9 de marzo de 1451, y era hijo de un Notario público llamado Anastasio Vespucci, que pertenecía á una familia notable de aquella ciudad, pero entonces pobre. El nombre de Américo, dice Figuer, (*) era poco usado en Italia, y era de origen germánico: *Amelrich*, que traducido al francés es *Amarury*.

Educado cuidadosamente por un tío, religioso de San-Marcos, que regentaba cátedras de enseñanzas científicas en Florencia, Américo se dedicó al estudio de la astronomía y de las ciencias geométricas, geográficas y cosmográficas. Pero como su familia era pobre y él tenía que dedicarse al trabajo para vivir, tuvo que abandonar la carrera científica á que se inclinaba, para dedicarse al comercio, como lo habían hecho sus dos hermanos mayores. A los treinta y nueve años, empleado por una rica casa de comercio de su patria, partió para España.

España empezaba á ser la nación más rica é influente de Europa, y el descubrimiento del Nuevo Mun-

(*) Savants du Moyen Age.

do, que tuvo lugar mientras que Vespucio estaba allí, debió de interesar sobremedera á un geógrafo amante de las ciencias. Américo estaba á la cabeza de los negocios comerciales que tenía en España Lorenzo de Medici, el Magnífico, árbitro de la República florentina. En los archivos de Florencia se encuentran varias cartas del cosmógrafo dirigidas á Lorenzo, en las cuales le habla de negocios comerciales. A Vespucio tocó armar y equipar las naves que sirvieron á Colón en su segundo viaje al Nuevo Mundo, y naturalmente tuvo comunicación familiar con el Descubridor, quien le hablaría de todo lo que había visto en su primer viaje.

Aunque algunos escritores han tratado de asegurar que Américo fué por lo menos el descubridor del continente sud-americano, es cosa probada que él no pasó al Nuevo Mundo la primera vez, sino con Ojeda, en el último año del siglo XV. Un francés, E. Charton, que ha escrito las vidas de los viajeros antiguos y modernos, dice que Vespucio hizo un segundo viaje al Nuevo Mundo con Vicente Yáñez Pinzón, hermano del compañero de Colón en su primer viaje. Pero Pinzón, según Irving y otros escritores, salió de España en Diciembre de 1499, y extraño sería que estuviese en su compañía Vespucio, cuando en aquellos meses navegaba con Alonso de Ojeda por las Antillas, no habiendo regresado Ojeda á España sino en Junio de 1500. Sólo que Vespucio hubiera abandonado á Ojeda durante sus reyertas con Colón en la Española, y hubiera regresado por su cuenta á España sin pérdida de tiempo, sería posible que alcanzara á embarcarse con Yáñez Pinzón en Diciembre de 1499 y descubriera con él el Amazonas y las costas del Brasil. Pero aun esto no es posible, porque aunque Pinzón no volvió á España sino en Septiembre de 1500, existe una carta de Vespucio, fechada el 18 de Julio de aquel año, dirigida á Francisco de Medici, de Florencia, en la cual narra el viaje que había hecho con Ojeda al golfo de Paria y á los demás puntos de Tierra-Firme que visitó con él; pero para poder fingir que había hecho el descubrimiento por su cuenta, no menciona ningún nombre de los de sus compañeros, y sólo habla de sus aventuras, la mayor parte absurdas y fabulosas.

En 1501, y después en 1508, según las cartas del mismo Vespucio, estuvo en el servicio del Rey de Portugal, quien le mandó dos veces en viajes de descubrimiento por la costa abajo del Amazonas; y aunque refiere el cosmógrafo las circunstancias de su viaje, no han podido encontrarse en los archivos portugueses documentos que prueben la verdad del hecho.

Sin duda sus servicios fueron mal recompensados por el Rey de Portugal, porque en 1505 regresó á España en busca de empleo en la marina real. Protegido por Colón, obtuvo que le dieran carta de naturalización en España, en el momento en que el gran Descubridor dejaba de existir.

II

De allí en adelante la fortuna favoreció á Vespucio. Nombrado Piloto Mayor del reino con 75.000 maravedís anuales de sueldo, * pasó á ser jefe de la sección hidrográfica de Sevilla, encargado de anotar los nuevos descubrimientos, construir los mapas de las tierras conquistadas, vigilar los buques que se daban á la vela con dirección al Nuevo Mundo, y prescribirles el derrotero que deberían seguir. Con este importante destino vivió en Sevilla hasta su muerte, ocurrida en Febrero de 1512; pero no dejó ninguna fortuna, y como no tuvo hijos, á pesar de haberse casado, heredó el destino un sobrino suyo, Juan Vespucio, que era joven de mérito y de conocimientos científicos.

Américo Vespucio fué, pues, un descubridor de tercero ó cuarto orden, cuyo nombre no merecía vivir en un continente. Varias opiniones se han emitido acerca del motivo que hubiera para haber dejado su oscuro nombre á una gran parte del mundo. Unas personas han pensado que, como naturalmente ponía su nombre en los mapas que levantaba, ésto se confundía con el nombre del continente, pero que no lo hacía con mala intención; otros han dicho últimamente que *América* era un territorio indígena, del cual hablaba Colón como que lo había descubierto él; pero ya no se oree que Vespucio hubiera sido un impostor, como lo

* Cerca de 600 patacones anuales.

pensaron en su tiempo,—que pretendía haber descubierto el Nuevo Mundo.

Merced á los estudios que sobre este particular hizo el Barón de Humboldt, parece que el primero que dió el nombre de América al Nuevo Continente fué un librero alemán que había establecido una imprenta en la Lorena, quien publicó una colección de viajes, en los cuales estaban los escritos por Vespucio, y proponía en ellos que llamaran América al Nuevo Mundo. Como aquellos viajes fueron los primeros que se publicaron sobre los nuevos descubrimientos, el público los acogió con entusiasmo, y el nombre de América se hizo tan popular, que en breve quedó bautizado el Nuevo Mundo con uno que de ninguna manera le correspondía.

DIEGO DE NICUESA.

I.

Diego de Nicuesa era en 1508 un rico hidalgo, natural de la ciudad de Baeza, en Andalucía, y trinchador en casa de don Henrique Henríquez, tío del Católico Rey don Fernando. Pequeño de estatura, activo, ágil, maestro insigne en el manejo de las armas, elegante, caballeroso y en la flor de la edad, en mala hora para él se le ocurrió entrar en la lid para conquistar glorias y riquezas en el Nuevo Mundo. Pidió, al mismo tiempo que Alonso de Ojeda, la gobernación de una parte de la Tierra-Firme, — descubierta tres años antes por Colón, y que llamaban Castilla de Oro.

Merced á sus relaciones en la Corte, fácilmente consiguió lo que pedía, y sin vacilar gastó cuanta fortuna poseía en fletar una armada, sin reparar en gastos y con el boato y la generosidad propios de un hidalgo español.

Cuando se encontraron las expediciones de Nicuesa y Ojeda surtas en el puerto principal de la isla Española, el lujo y ostentación de la una dejaba en la sombra á la otra, y de allí resultaron entre los dos rivales grandes desavenencias y disgustos que no concluyeron sino con la partida de Ojeda en prosecución de su empresa.

Entre tanto Nicuesa se ocupaba en la Española en vender á buen precio una partida de infelices indígenas que había capturado en la isla caribe de Santa-Cruz, de paso para Santo Domingo. Quizás aquel crimen imperdonable, cometido al empezar su carrera

en el Nuevo Mundo, sería el que Dios castigó tan severamente en el poco tiempo que le restaba de vida.

Sin duda Nicuesa, que se había creado en la Corte y no tenía idea de lo que se sufría en el Nuevo Mundo, se había figurado cosa fácil y hacedera una campaña contra los indios salvajes y en climas tan tormentosos y deletéreos; pero al llegar á las Antillas empezaría á comprender las dificultades que se le presentaban, y se detuvo largo tiempo en la Española.

El novel descubridor era un galán, vestía con lujo, tenía una servidumbre ostentosa y derramaba á manos llenas el oro en todas direcciones, sin preocuparse del siguiente día. Así fue que á poco empezó á faltarle dinero para concluir los aprestos de la expedición, y comenzó á pedir prestado á uno y á otro, ofreciendo pagarlo todo con crecidos intereses al regreso de Castilla de Oro. Pero sus acreedores le cobraron desconfianza y temieron que fracasara una empresa cuyo jefe se manifestaba tan imprudente y festejador, á quien se le escapaba el dinero de entre las manos como por encanto, y que parecía ocuparse tan sólo en galantear á las damas, tocar guitarra, cantar y montar en una yegua morisca que bailaba con primor. Resolvieron, pues, varios de los que le habían prestado dinero, no dejarle partir sin que antes les hubiese pagado.

Al fin toda la armada de Nicuesa estuvo aparejada para hacerse á la vela, y cuando el Gobernador de Castilla de Oro quiso ponerse en marcha, tuvo noticia de que sus acreedores le aguardaban á la salida de la ciudad para apoderarse de él y obligarle á que les pagara lo que les debía. ¿Qué hacer en semejante aprieto?

Nicuesa mandó entonces que la armada se hiciese á la vela sin él, concediendo el mando provisional á un Lope de Olano, hombre de mal carácter y pérfido, que se había hecho notable en la Española por sus malos procedimientos para con Colón. Pensaba escaparse en seguida ocultamente, embarcarse en una carabela que debía aguardarle, pronta á darse á la vela á poca distancia de la población, y alcanzar á su armada. Pero sus perseguidores tuvieron noticia de aquella intención, y temiendo que se les escapara, apelaron al Alcalde, alla-

naron la casa y le apresaron, llevándole delante de la justicia con su vestido de viaje. Pedíanle 500 ducados de oro, que había de entregarles al punto si quería que le pusiesen en libertad. Nicuesa no tenía á quien volver los ojos: cuantas personas conocía y tenían recursos, yá le habían proporcionado lo que podían, y sus promesas y ofrecimientos para lo futuro no hacían ninguna impresión en sus acreedores. Inclinando la cabeza ante su adversa suerte, iba á conformarse con ella y renunciar para siempre á su carrera de descubridor, — pues bien sabía que no faltaría quien se aprovechara de su flota para ir á descubrir en su lugar, — cuando vió caerle en las manos los 500 ducados que necesitaba: se los enviaba un Notario público, quien, compadecido de un caballero tan gallardo como Nicuesa, había ido á su casa, en donde tenía depositadas sus ganancias, y sacando el dinero, salvó con él al galán con una generosidad inverosímil entre los aventureros de la época, contagiados de la fiebre de oro.

Nicuesa, hondamente agradecido y por extremo sorprendido, se apresuró á abrazar á su salvador, y sin aguardar á que se presentaran otros acreedores, se embarcó á toda priesa para ir á alcanzar á su flota.

Dicen los cronistas (parece que citando todos al padre Las Casas) que en el momento en que se embarcaba Nicuesa, — ya entrada la noche, — levantando los ojos al cielo, vió sobre su cabeza una espada de fuego en medio de las estrellas, y al momento se acordó de que un astrólogo le había predicho que si se embarcaba bajo ese signo, en breve perecería. Las Casas añade que por aquel tiempo vieron en la Española un cometa que tenía la forma de una espada, y que un fraile había aconsejado á varios miembros de la tripulación de Nicuesa que no se embarcaran, porque los cielos les anunciaban desgracias.

Pero es preciso añadir que, á pesar del estado en que se hallaban las ciencias en aquel siglo, Nicuesa no hizo caso alguno de la predicción, diciendo á sus compañeros, después de referirles lo que había dicho el astrólogo, “que más confianza tenía en la misericordia de Dios que en el poder de las estrellas.”

II.

Nicuesa, como Ojeda, se dirigió en primer lugar á Calamar (Cartagena), y allí llegó á tiempo que Ojeda, derrotado por los naturales, se lamentaba de la muerte del noble vizcaíno Juan de la Cosa y de no poder vengar su muerte por falta de suficiente fuerza.

Salieron los compañeros de Ojeda á recibir á don Diego y á suplicarle que no se aprovechase de la triste situación de su rival para vengarse de sus anteriores desavenencias. Nicuesa, que era un noble y generoso hidalgo, se encendió indignado al pensar que le creyeran tan poco caballero, y exclamó:

—Id á vuestro Capitán y traédmele aquí vivo ó muerto, y juro que no sólo olvidaré lo pasado, sino que le ayundaré en lo que se le ofrezca, como si fuese mi hermano. (1)

Ojeda no pudo resistir á tanta nobleza de alma, y corrió á abrazar á Nicuesa, quien le dijo entonces:

—Ved aquí á vuestro hermano; yo y los míos estamos á vuestras órdenes; podéis mandarnos en lo que gustéis, y con placer iremos á vengar la muerte del Piloto y de los demás. (2)

Inmediatamente el futuro gobernador de Castilla de Oro escogió, entre los setecientos hombres que llevaba, los más valientes y esforzados, y con Ojeda atacó, incendió, y deshizo á los indígenas de Turbaco; tocándole del botín encontrado entre los naturales cerca de cuarenta mil pesos de oro.

Despidiéronse para siempre los dos antiguos rivales, haciéndose mutuamente mil protestas de amistad, que jamás tuvieron ocasión de cumplir, y continuando Nicuesa su viaje, se dirigió, una vez pasado el golfo de Urabá, á las costas del Darién, buscando un puerto seguro donde poblar. Como las embarcaciones grandes que llevaba no podían acercarse lo suficiente á la orilla,

[1] W. Irving— "Compañeros de Colón" citando á Las Casas.

[2] Id. id. id.

mandó que el cuerpo de la escuadra aguardase sus órdenes en alta mar, y que dos bergantines á las de Lope de Olano, permanecieran á la vista, mientras que él costeaba en una carabela pequeña.

Habiendo llegado al cabo de Tiburón, y no pudiendo, sin duda, tomar tierra por las brisas que corrían allí, continuó su viaje por toda la orilla de la costa, llegó á la ensenada de Anachucuna, en donde entonces, como ahora, las enmarañadas selvas todo lo circundaban, y pasó por frente al puerto y punta de Carreto; pero por allí acometiéronse una furiosa tempestad, en la cual perdió de vista los bergantines que comandaba Olano; é impelido por el huracán tuvo que alejarse de las orillas para no naufragar en los cayos y bajos peligrosos en que abundaban aquellas costas, y el viento le llevó muy lejos por las de Veraguas, perdiendo así el hilo de sus descubrimientos. Apenas le fué posible pensar en las demás naves, notó que se encontraba más allá de la laguna de Chiriquí, y que no había ninguna á la vista. Temiendo que hubiera naufragado su escuadra entera, y habiéndose convencido de que había pasado la costa de Veraguas, determinó bajar otra vez hacia el Sur hasta encontrarse con alguna de sus embarcaciones que le diera noticia de las demás.

Habiendo entrado con su carabela en un río que le pareció caudaloso, resultó que no lo era en realidad, y estando anclado bajaron las aguas, que iban crecidas por las lluvias, dejando en seco la carabela, que se volvió sobre un costado y traqueando amenazaba abrirse. Al ver aquel peligro inminente, un marino se tiró al agua para atar con una cuerda el navío contra la costa, pero sumergido por la corriente pareció en ella; sin detenerse á pensarlo, otro imitó su ejemplo y logró arribar á la orilla y atar el buque contra un árbol para dar tiempo á que Nisnesa y sus compañeros pudieran pasar á tierra, guiados por la sogá, salvando además una lancha. Pocos momentos después de haber tocado en tierra la tripulación, se sumergió la carabela con cuanto contenía.

Todo aquel litoral es árido y desierto; no llevando ningún avío, sino lo encapillado, y eso mojado y despedazado, y careciendo, además, de armas y expuestos á la furia de los salvajes, que, según noticias, eran antro-

pófagos en aquella costa, la situación de Nicuesa y de sus compañeros era, por cierto, angustiosa.

Nicuesa tenía esperanzas de que la tripulación de su armada hiciese diligencia para averiguar su suerte; pero notando que pasaban las horas y no se veía señal alguna de las embarcaciones, propuso á los suyos que continuasen á pié por aquella playa, sirviéndose de la lancha para atravesar las bocas de los ríos, que los hay por allí muy caudalosos. Atormentaba al Gobernador el recuerdo de lo que le habían dicho acerca del carácter pérfido de Lope de Olano, quien no sería extraño, que de propósito le abandonase para apoderarse de la armada y poblar la tierra por su cuenta. Pero no dió parte de sus aprensiones á los suyos, sino que, al contrario, les consolaba y animaba, manifestándose más valiente y denodado que todos ellos.

Solamente las personas que hayan visitado aquellos sitios, tan salvajes hoy como entonces, podrán comprender cuáles serían los sufrimientos de los europeos que vagaban por ellos, muertos de hambre y casi desnudos. El calor en los lugares pantanosos de esa costa es intolerable, cuando no llueve, y cuando llueve es á torrentes, inundándolo todo las lluvias, y produciendo tal cantidad de animales inmundos y levantando miasmas tan insalubres, que no hay quien pueda resistir el clima sin enfermar. Así, al cabo de más de tres siglos y medio no ha cambiado en nada el aspecto del país, y permanece tan inhabitado como en los tiempos de su descubrimiento.

Nicuesa, el hidalgo de corte, criado en medio de las comodidades y el lujo, que jamás había tenido contrariedades ni se había privado del menor capricho, era, sin embargo, el más valiente de todos y el más robusto: jamás se le oyó una queja, ni dió la menor señal de desaliento; marchaba casi descalzo por enmedio de los arenales de fuego ó de los pantanos, chanceándose con los suyos, riendo y al parecer alegre y contento. Así se pasó un día y otro día. Congratulábanse todos porque hasta entonces no se habían encontrado con indios salvajes, cuando, caminando una mañana trabajosamente por el pie de una serranía que se levantaba á lo lejos, Nicuesa y sus compañeros se detuvieron espantados al ver caer muerto á sus piés, atravesado por

una flecha indígena, envenenada sin duda, á un joven-
cito que acompañaba á don Diego como paje desde Es-
paña, y á quien, sin duda, había sacado de su patria para
que buscara fortuna en el Nuevo Mundo. Mientras
que Nicuesa, dolorosamente sorprendido, se inclinaba
sobre el mísero pajecito, sus compañeros notaron que
desde unas vecinas rocas les estaba vigilando una
partida de indígenas, los cuales no volvieron á ha-
cerles ningún mal una vez que hubieron muerto al
paje, cuyo vestido de colores vivos, aunque despe-
dazado, y los plumajes del sombrero, les habían lla-
mado la atención. Nicuesa no quiso alejarse de aquel
sitio funesto mientras no hubo enterrado entre las
ardientes arenas de la playa á su paje, cuya existencia
era la última señal de ostentación y de boato que le
quedaba de su antiguo esplendor.

Empero trascurrían los días y á cada momento
menguaba la esperanza de socorro, y crecían el ham-
bre, la desnudez y el peligro. Manteníanse todos
con algas marinas y mariscos que encontraban en las
playas, y aun cuando pasaban por cerca de enmaraña-
dos bosques, no se atrevían á internarse en ellos para
buscar raíces y frutas, ni tenían armas con qué poder
cazar las aves que, sin duda, los poblaban.

Como pasaban en la lancha las embocaduras de los
ríos que les cerraban el paso, sucedió que una tarde, en
lugar de arribar á la playa opuesta de la tierra firme,
se trasladaron á una isla desierta que estaba á la mi-
tad del camino. Pensaron continuar en la lancha al
día siguiente, y se quedaron aquella noche en la isla,
aunque no tenían agua potable; pero estaban todos tan
fatigados, que resolvieron dormir allí hasta la madru-
gada. ¡Cuál no sería el espanto de los infelices náu-
fragos cuando al clarear el día siguiente encontraron
que la lancha había desaparecido con cuatro de los ma-
rineros que la manejaban!

Los desgraciados compañeros de Nicuesa se entre-
garon entonces á la más grande desesperación, y su
Capitán trató de consolarles diciéndoles que sería bien
fácil construir una balsa para pasar á la tierra firme; pues
no faltaban en la isla maderas que había llevado allí la
marea, y *bejucos* con qué atarla. Todos pusieron manos
á la obra; la situación era tan angustiosa que ninguno

se negó á trabajar en lo que les podía salvar. Pero los náufragos no tenían experiencia de estas cosas, y cada balsa que echaban al agua, ó estaba mal construida, ó no la sabían manejar y se les escapaba de las manos dando vueltas y vueltas, y la corriente la llevaba con dirección á la alta mar.

Al cabo de pocos días aquellos infelices parecían espectros : tanta era el hambre y sobre todo la sed que les devoraba ! En comparación de lo que padecían entonces, su existencia en tierra firme había sido deliciosa, pues al menos habían tenido agua que beber y sombra á la mitad del día, mientras que en aquella isla desierta y pantanosa, sin abrigo ninguno, carecían casi hasta de la esperanza de que les llegase alivio. Todas las mañanas Nicuesa hallaba el cadáver de alguno de esos desgraciados que había fallecido durante la noche ; después era tal la debilidad de los sobrevivientes, que no podían caminar, sino que se arrastraban en todas direcciones buscando charcas de agua corrompida, que habían dejado las lluvias pasadas, con qué apagar su sed, y las lamentaciones de los que sobrevivían confundían y llenaban de tristeza el corazón de su Capitán.

¿ Qué había sucedido á los marinos que tripulaban la lancha ? ¿ Acaso habían abandonado deliberadamente á sus compañeros en la isla sin volverse á acordar de ellos ? ¿ O tal vez la corriente les había arrastrado á su pérdida, mientras que dormían los otros ? Estas eran las preguntas que Nicuesa se hacía sin cesar, y en su amargura maldecía á Olano, que no había hecho ningún esfuerzo para buscar á su Capitán por toda aquella costa, y juraba dentro de sí mismo vengarse de semejante inhumanidad, si Dios le daba vida suficiente para llenar su objeto. Hay caracteres que se suavizan con la desgracia, y otros que se agrían y se endurecen. A Nicuesa le sucedió que sufrió tanto en aquellas semanas de angustia, que, como lo veremos después, cambió su carácter y perdió en gran parte la generosidad é hidalguía de éste.

Al fin un día, cuando habían perdido toda esperanza y aguardaban una muerte segura, vieron los náufragos aparecer á lo lejos la vela de una embarcación que se fué acercando á la isla, y á poco saltaron á tie-

rra los cuatro marineros que habían desaparecido con la lancha. Explicaron éstos entonces cómo se habían propuesto ir á buscar á Olano por toda la costa, sin pedir licencia á su Capitán; sabiendo que él no consentiría en que se alejara la lancha dejándoles desamparados; dijeron que á poco andar habían encontrado los restos de la armada en la embocadura del río Belén; que las naves, carcomidas por la broina y despedazadas por los temporales, habían tenido que ser abandonadas por la tripulación, y no podían utilizarse; que Olano les dijo que se había persuadido de que la carabela había perecido en el temporal, y por eso no había tratado de buscar al Gobernador, y que estaba construyendo una embarcación con los restos de las otras, cuando llegaron los marineros de Nicuesa, y habían tenido que aguardar á que se acabase de labrarla para ir á la busca de su Gobernador, y por eso habían tardado en llegar.

Abrazáronse los soldados llorando y enternecidos al verse salvados y relativamente en seguridad, y tanto más alivio sintieron cuando los marineros les ofrecieron agua, vino y alimentos, pero en mayor cantidad cocos en diferentes sazones, única fruta que abundaba por allí.

Entre tanto Nicuesa permanecía callado y sombrío; no podía olvidar los sufrimientos que había experimentado, y sobre todo la espantosa muerte de tantos infelices que le habían acompañado en la expedición, atenidos á su protección y á sus ofrecimientos; y en el fondo de su alma crecía la convicción de que el descuido de Olano había sido intencional, y que al darle por perdido sin tratar de buscarle, lo único en que pensaba era en aprovecharse de los recursos de Nicuesa y declarar-se Gobernador en su lugar.

III

Así preocupado, Nicuesa navegaba hacia la población que había tratado de fundar Olano en las orillas del río Belén, y no había querido hablar una palabra acerca de sus intenciones respecto de éste. (*) Recibiéron-

[*] Aún existe un caserío denominado Belén, situado en la desembocadura del río Palmar, con una temperatura de 27° centígrados, pero en tal estado de pobreza y decadencia, que cada día tiene menos habitantes.

le los soldados y tripulación con aclamaciones y gritos de alegría, y entregáronle el mando de todo, dándole cuenta de cuanto había sucedido; pero Olano, á quien sin duda remordía la conciencia, no quiso acercársele personalmente, sino que mandó á algunos de sus amigos que explicaran su conducta y le asegurasen que si no le había buscado era porque tenía persuasión de que se había perdido la noche de la borrasca.

La contestación de Nicuesa fué mandar le echar en prisiones, diciendo que le había de castigar como traidor y causante de tantas desgracias como habían sufrido todos. Trataron algunos de interceder por Olano, pero Nicuesa les cortó la palabra exclamando con indignación:

—Bien os sienta, señores, suplicar el perdón del traidor, cuando, para decir verdad, la conducta de todos vosotros necesitaría también un severo castigo!.... Porque, decidme, ¿cómo ha sido que durante cuatro mortales meses que hace que nos separámos, no hicieris ningún esfuerzo para averiguar nuestro paradero?

—Señor, contestaban, nosotros no mandábamos..

—¿No mandabais! Pero si Olano no cumplía con sus deberes, ¿por qué no le obligabais vosotros?

E indignado con los empeños de los oficiales, que refrescaban el recuerdo de los pasados sufrimientos, sin querer atender á ruegos y lágrimas mandó que sin demora llevasen á Olano á tierra y le ahorcasen al instante.

Aquella sentencia causó la mayor consternación entre toda la tripulación, y arrojándose muchos delante de Nicuesa con ademán humilde y respetuoso, le decían:

—Perdón, señor, perdón! ¿No veis que si Dios ha hecho morir á cuatrocientos de los setecientos que salimos de la Española, no es posible que de los que aún vivimos, extenuados todos y moribundos otros, vos con vuestra mano queráis acortar el número?... Hemos sufrido tanto juntos, que es justo que nos miréis más como á hermanos que como á subalternos, y tengáis lástima y compasión.... Además, la misericordia es el placer del bueno, y la venganza es inspiración de Satanás!

—El rigor no es la mejor política en este caso, le

decían otros; los soldados están enfermos, fatigados y afligidos, y el proporcionarles un espectáculo sangriento no es la manera de consolarles y tenerles contentos.

Al fin prevalecieron los empeños, y Nicuesa revocó la sentencia de muerte; pero no le devolvió la libertad á Olano, sino que ordenó le mantuvieran cautivo hasta que hubiera ocasión de mandarle á España á que le juzgasen allí.

Como veremos después, aquel perdón, que no fué espontáneo, sino casi arrancado á la fuerza, no hizo ningún bien á Nicuesa, al mismo tiempo que el rigor de que había hecho uso le proporcionó enemigos que causaron su pérdida. En este mundo, digan lo que quieran los políticos, nada que no se haga á derechas tiene resultados provechosos, y los términos medios de ordinario descontentan á todos.

Los alimentos que podía proporcionar el país estaban agotados, y los pocos que habían podido salvarse de los llevados por los Españoles se habían perdido unos y deteriorado otros, hasta el punto de que se carecía completamente de sustento. Nicuesa tenía, pues, que enviar al interior algunas veces cortas expediciones en busca de comidas, pero con frecuencia los naturales defendían sus haberes con tanto denuedo, que aquéllas volvían al campamento con las manos vacías y faltando algunos de los suyos, que morían atacados por los indígenas; otras ocasiones sucedía que los míseros Españoles espiraban de fatiga bajo el peso de las cargas que llevaban al caserío, y preferían morir de hambre y no de cansancio.

Llegó al fin á tal extremo la necesidad de aquellos desgraciados, que habiendo una partida de Españoles encontrádose el cadáver de un indígena, ya medio corrompido, resolvieron comérselo. . . . pero resultó que ninguno de los hambreados colonos que participaron del nauseabundo festín sobrevivió á él: todos murieron víctimas de la infección que les causó aquel alimento!

Así trascurrieron varios meses. Pero era imposible continuar en un sitio tan funesto, por lo que Nicuesa resolvió levantar el campamento de allí, y pasar á otro lugar que le fuera más propicio.

Resistíanse algunos á abandonar las orillas del río

Belén, porque habían sembrado una sementera de maíz y aguardaban á que estuviese en sazón para cogerla; pero el Gobernador estaba resuelto á salir de aquel lugar funesto, en donde no solamente la tierra carecía de alimentos con qué sustentarse, sino que tampoco se había hallado riqueza ninguna. Dejó, pues, una corta guarnición en la fortaleza para que cuidase de la sementera, y él puso la proa á Portobelo, — sitio que le ponderaron como muy bueno, — en busca, dice Gomara, “de pan y oro.”

La bahía de Portobelo merece su nombre por su comodidad y belleza; pero apenas se vió Nicuesa dentro de ella, cuando acometieron la lancha que mandaba á tierra una nube de indios flecheros que mataron á varios Españoles, y los demás se volvieron á la carabela, aterrados con semejante recepción. Profundamente afligido, y ya un tanto desalentado con tantas y tan repetidas desgracias, Nicuesa continuó costeando todo aquel litoral en demanda de un lugar más propicio, y como notara una tierra al parecer fértil y toda cubierta de una capa espesa de monte y cocales, teniendo á su espalda altas sierras y un puerto al frente, exclamó:

—Paremos aquí, *en nombre de Dios!*

—Este es el puerto llamado de *Bastimentos*, por Cristóbal Colón, le contestaron.

—Así será, repuso Nicuesa, pero en adelante se llamará *Nombre-de-Dios*.

Desembarcaron sin dificultad en aquel lugar, y el Gobernador tomó posesión de él en nombre del Rey, poniéndole el nombre que había dicho.

Pero la desgracia, que no le abandonó un momento desde que emprendió su viaje, le acompañaba aquí como en todas partes; los naturales eran tan inhospitalarios como en Belén, y para lograr internarse en la tierra en solicitud de bastimentos, tenían que librar un combate diario, en el cual morían con frecuencia algunos españoles. Cogida la sementera de Belén, que resultó ser de muy poca ayuda para tanta gente, Nicuesa mandó llevar la guarnición que había quedado en la fortaleza á Nombre-de-Dios. Reforzada así su gente, trató de cautivar algunos indígenas que le sirviesen tanto de esclavos, como para mandar á otros á la Es-

pañola y traer en su lugar los víveres y las armas que tanto necesitaban. Pero se pasaban las semanas y los meses, y la situación no mejoraba absolutamente, y disminuían cada día los hambreados y míseros colonos!

Una vez que logró Nicuesa reunir toda su gente, resolvió enviar los menos débiles en la carabela á la Española á traer recursos á cualquier precio. Al tiempo de separarse ellos, encontró que por junto, de los setecientos hombres que habían salido de Santo-Domingo, no quedaban sino ciento, muchos de los cuales estaban moribundos! Pero aquel sacrificio resultó inútil, porque don Diego Colón embargó la embarcación de Nicuesa, y no permitió que volviera á llevar los avíos al Gobernador de Castilla de Oro. Todo, pues, conspiraba contra los colonos; y habían llegado yá al último grado de miseria y desconsuelo, cuando vieron llegar al puerto un navío repleto de provisiones, que llevaba para ellos Rodrigo de Colmenares, antiguo amigo de Nicuesa. ¡Cuál no sería la sorpresa de aquél cuando le salió á recibir un espectro, un fantasma amarillo, andrajoso y triste, en lugar del gallardo y animoso caballero que tanto había lucido en la Corte!

IV

De la expedición primitiva no quedaban yá sino sesenta hombres. Pero tales eran el vigor y energía de aquellos españoles, que después de haberse mantenido más de un año con sapos, culebras y caimanes, á las pocas horas de haber podido comer alimentos sanos y abundantes, dicen los cronistas que se les veía revivir y cobrar ánimo y fuerza.

Refirió Colmenares cómo acababa de visitar una floreciente colonia en el golfo de Urabá, compuesta de los restos de la expedición de Ojeda, los cuales, habiendo abandonado al funesto San-Sebastián, se habían transportado al otro lado del golfo, en tierras de la Gobernación de Nicuesa; pero añadió que muchos de aquellos colonos, descontentos con su actual Gobernador, — que era un letrado Enciso, — le habían encargado que buscara á Nicuesa, el legítimo dueño de aquella

gobernación, y le invitase á que fuera á hacerse cargo del mando de la colonia.

Después de tantos infortunios y desdichas, semejante noticia trastornó el buen juicio de Nicuesa; olvidó que aun no era dueño de los que le mandaban llamar, y haciéndose explicar los motivos de las quejas contra Enciso, dijo que él arreglaría las desavenencias, quitando á todos los colonos sus repartimientos y encomiendas y haciendo nuevos repartos, según lo que él creyera justo.

Estas imprudentes palabras llegaron á oídos de algunos de los colonos del Darién que habían acompañado á Colmenares, quienes se llenaron de aprensión pensando que Nicuesa, en vez de llevar la ansiada paz á la nueva población, produciría mayores desórdenes y disgustos, si pretendía estrellarse contra los que tenían ya bienes propios. Aquel recelo llegó á su colmo cuando, hablando con Lope de Olano, que iba siempre arrestado, éste les dijo:

—¡ Pretendéis que Nicuesa os gobierne ! . . . Mirad bien lo que vais á hacer, y recordad que yo le serví y le salvé la vida, mandándole un barco á recogerle cuando se moría de hambre, y él me pagó el servicio con prisiones y cadenas . . . Igual será la suerte de los del Darién, si á Nicuesa piden auxilio !

Alarmáronse mucho los colonos con aquellas palabras de Olano, y fingiendo tener mucha urgencia de volverse á la nueva población, — sin querer aguardar á que Nicuesa concluyera sus aprestos de viaje, — se metieron en una pequeña embarcación y se adelantaron apresuradamente á dar parte á los pobladores de Nuestra Señora de la Antigua de los informes que habían recibido sobre el carácter del Gobernador á quien llamaban.

La noticia produjo grande agitación en la colonia, sobre todo entre los que habían logrado ricas encomiendas de indios y tenían buenas porciones en el botín; éstos en el acto empezaron á trabajar en el ánimo de todos para que rechazaran á Nicuesa cuando se presentara en el caserío.

Como el castigo de una falta proviene siempre de la falta misma, Nicuesa se perdió por haber querido apresar á algunos desgraciados indígenas que pensaba

mandar vender en las Antillas; tardóse en la captura de los naturales, y dejó tiempo suficiente para que sus enemigos obrasen sobre el ánimo de los habitantes; de manera que la población en masa se propuso impedir á todo trance que desembarcase el Gobernador, y pusieron centinelas para que avisasen su llegada á las aguas del golfo.

Sucedió, pues, que cuando Nicuesa se acercaba muy contento á la población de la Antigua y se preparaba á desembarcar, detúvole una tropa armada, y tomando la palabra el Procurador, le intimó, de orden del Ayuntamiento, que se le prohibía el desembarco y se le ordenaba alejarse en el acto de aquellas playas, dejando en ellas á los que quisiesen quedarse. Sorprendido Nicuesa con aquella repentina mudanza de los mismos que le habían llamado, insistió en saltar á tierra para que le explicasen los motivos, y habiendo desembarcado á la fuerza, algunos energúmenos quisieron matarle y le obligaron á refugiarse en un vecino bosque. Viendo la furia del populacho, Nicuesa mandó decir á los habitantes del Darién que si no querían reconocerle por su Gobernador, estaban en su derecho; pero que le permitiesen entrar en la población y pasar allí algunos días como simple particular, porque hacerle volver á Nombre-de-Dios, era condenarle á una muerte segura. Pero sus súplicas fueron vanas; le obligaron á embarcarse con diez y siete hombres que se ofrecieron á acompañarle, en un barco comido de broma y con alimentos para sólo dos días, advirtiéndole que si procuraba acercarse á la colonia encontraría la muerte.

Profundamente herido en su dignidad, el misero Nicuesa se alejó de aquellas playas funestas. . . . Era el día primero del mes de Marzo de 1511, y desde aquella aciaga fecha jamás se volvió á tener noticia del hidalgo de Baeza. . . .

Años después, dícese que unos marineros que naufragaron en la isla de Cuba encontraron un letrero grabado en un árbol, que decía así:

*Aquí feneció el desdichado Nicuesa. **

*. Troiang, citando á Las Casas y Herrera.

El cronista Gomara refiere que lo que decía el le-
tero era :

*"Aquí anduvo perdido el desdichado Diego de Ni-
cuesa."*

Sea como fuere, un hondo y oscurísimo misterio oculta el fin del alegre cortesano, trinchador de don Henrique Henríquez, cuya aparición en la historia de aquel tiempo apenas ocurre durante dos años, en los cuales no se refieren sino sufrimientos, penalidades, hambres, naufragios, humillaciones y tristeza. Nicuesa brilló como un meteoro sobre el horizonte, con luz fatídica, para hundirse después en las tinieblas de lo desconocido.

Este descubridor fué una de tantas víctimas que hizo el istmo de Panamá, el que, más que ningún otro país del mundo, ha sido contrario y enemigo de los españoles que trataron de fundar colonias en su litoral.

VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

I

Balboa, como Nicuesa, como Ojeda, como Cortés, Ponce de León y otros descubridores, pertenecía á la clase de caballeros aventureros que no sólo buscaban oro, sino también gloria y honores. No eran soldados oscuros como los Pizarros, Almagros y Belalcázares, que habían salido de las últimas capas sociales, pero cuyo valor, audacia y un dón de mando particular les levantaron al primer puesto entre los conquistadores del Nuevo Mundo.

Habiendo nacido Vasco Núñez en Jerez de los Caballeros, había pasado sus primeros años en la casa de don Pedro Portocarrero, señor de Moguer, en calidad de paje, aprendiendo prácticamente cuanto necesitaba saber un hidalgo de aquella época.

No se sabe á punto fijo el año de su nacimiento; pero se cree que estaría aún muy joven cuando se enganchó con Rodrigo de Bastidas en su expedición por las costas de Tierra-Firme, en 1501, descubriendo en su compañía las tierras que demoran entre el cabo de la Vela y el golfo de Urabá.

Sin duda con las ganancias de aquella expedición compró una posesión en la Española, en donde le encontramos años después establecido y ocupado en negocios agrícolas, en la vecindad de la ciudad de Salvatierra. Pero el carácter de Balboa no era propio para semejantes negocios; los hizo tan malos, que perdió cuanto había ganado en sus excursiones maríti-

mas, y lleno de onitas y deudas, resolvió abandonar la agricultura, y tentar fortuna en otra parte.

Tuvo en 1511 noticia de la armada que preparaba el bachiller Enciso para ir á socorrer á Ojeda en el golfo de Urabá, y se propuso fugarse de la Española sin ser visto de sus acreedores que le acosaban. Temiendo que Enciso no quisiese recibirle ocultamente, metióse en una pipa vacía, que hizo trasladar á una de las embarcaciones del Bachiller con el resto de los víveres, y no se dió á conocer sino cuando la armada estaba en alta mar. Disgustado y sorprendido Enciso, quiso dejarle abandonado en una isla desierta; pero cautivóle el aire marcial y gallardo del joven, que además había visitado ya aquellas costas y podía serle muy útil en su expedición, y no solamente le perdonó, sino que le dió un empleo.

Al llegar á Cartagena la armada de Enciso, se encontró con Francisco Pizarro y sus compañeros. Estos refirieron que, habiendo trascurrido los cincuenta días que Ojeda les había dado de plazo para regresar con recursos á San-Sebastián de Urabá, habían resuelto abandonar la colonia; pero viendo que todos no cabían en los dos miserables barcos que les habían dejado, aguardaron á que las enfermedades y las flechas de los indígenas redujeran el número de aquellos infelices. Así sucedió; á los pocos días habían muerto tantos, que los restantes cupieron fácilmente en las carabelas. Una vez embarcados, el mar se encargó de disminuir á la mitad á los colonos, porque á la salida del golfo de Urabá una de las carabelas se fué á pique y se hundió con toda la tripulación, sin que se pudiese salvar ninguno.

¡Qué suerte tan negra la de todos los descubridores de nuestras costas!... Si los indígenas que ellos asaltaron, robaron y destruyeron en gran parte, hubieran tenido en su poder el vengarse de los invasores, jamás idearan tormentos más crueles que los que sufrieron de manos de la Providencia. Durante todo el primer siglo de la conquista de nuestras costas, aquellas playas inhospitalarias blanqueaban literalmente con los huesos de los Españoles muertos allí de diferentes maneras! (*)

(*) Véase Herrera, --Década XI-Lib. 1.

Enciso persuadió á Pizarro y á los suyos á que, yá con armas y recursos, se devolviesen á San-Sebastián á aguardar á Ojeda, cuya suerte se ignoraba.

De paso por frente á la desembocadura del rio Zenú, Enciso detuvo sus embarcaciones con el objeto de explorar el país, en donde tenía noticia de que los sepulcros encerraban grandes riquezas y que en los torrentes se pescaba el oro en redes. (*) Saliéronle á recibir los dueños de la tierra con aparato guerrero, y como Enciso, cumpliendo con las órdenes del Rey, les hizo leer el requerimiento del cual hemos hablado en la vida de Ojeda, ellos escucharon atentamente; pero, según lo dice el mismo Enciso en su *Suma de Geografía*, respondieronle: "que en lo que decía que no había sino un Dios, y que éste gobernaba el cielo y la tierra, y que era Señor de todo, que les parecía que así debía de ser; pero que en lo que decía que el Papa era señor de todo el universo en lugar de Dios, y que él había fecho merced de aquella tierra al Rey de Castilla, dijeron que el Papa debía de estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo, y que el Rey que pedía y tomaba tal merced, debía de ser algún loco, pues pedía lo que era de otros, y muy atrevido, puesto que amenazaba á quienes no conocía." Además, ofrecieron matar á los que se atreviesen á atacarles. Enciso que, aunque letrado, no era cobarde, no tuvo inconveniente en declarar la guerra á aquellos indígenas, que se defendieron con tanto denuedo, que mataron á dos Españoles; por lo que los demás resolvieron embarcarse y no perder el tiempo y la vida en una empresa que parecía tan difícil por entonces.

A la entrada del golfo de Urabá y al doblar la punta de Carivana, naufragó uno de los barcos, que iba repleto de provisiones, armas y bagajes, y aunque no se perdió ninguna vida humana perecieron los caballos, yeguas y cerdos que llevaban para la colonia. Llegando al pueblo fundado por Ojeda y abandonado por Pizarro, encontráronlo completamente destruído por los indígenas, lo cual affigió sobremanera á los recién llegados; pero Balboa ofreció entonces conducirles á un

(*) Algunos años después, el fundador y conquistador de Cartagena, don Pedro de Heredia, sacó grandes caudales de aquellas sepulturas de que habían hablado á Enciso los intérpretes.

paraje que él había visitado con Rodrigo de Bastidas diez años antes, sitio fértil, de deleitable clima y habitado por indígenas que, si no eran mansos, al menos no usaban flechas envenenadas, cosa que era el terror de los Españoles.

A pesar de que Enciso sabía muy bien que todas las tierras que demoraban al otro lado del golfo pertenecían á la Gobernación de Nicuesa, en semejante aprieto, en que les amenazaba el hambre, y tal vez una muerte segura, no tuvo empacho en pasar al otro lado en busca de la salvación.

Resolvieron, pues, embarcarse en las dos desvencijadas naves, y continuando por toda la orilla del golfo, detenerse en el sitio conocido por Balboa. A su izquierda, las costas anegadizas cerca del golfo se levantaban poco á poco en el interior de la tierra, formando colinas cubiertas de montaña espesa en unas partes, y en otras, donde el terreno era menos blando, veíanse aldeas indígenas, cuyos habitantes salían á mirar las embarcaciones europeas con aspecto y señales de guerra. Así pasaron por frente á un puerto bien abrigado llamado hoy Pisisi, en donde existe una aldea miserable, tal vez más pobre hoy día que en tiempo de la conquista. Atravesando el semicírculo que forma el seno del golfo, á poco andar empezaron á encontrar los diferentes caños ó bocas del río Atrato ó Darién. Aquel punto es un pantano peligroso, cubierto de altísimas yerbas acuáticas que crecen mucho, y poblado de una exuberante multitud de animales de toda especie; desde el caimán hasta las enormes arañas peludas; todo aquel reino animal era enemigo del hombre. Habiendo pasado por frente de las quince bocas del río Atrato, al fin llegaron á un sitio que les pareció cultivado y poco anegadizo, el cual dijo Balboa era el que él conocía. A alguna distancia en la tierra adentro, cerca del río, vieron una aldea indígena bien poblada. Enciso atacó á los naturales, que se defendieron bien, pero les venció é hizo huir á los vecinos bosques; en seguida tomó posesión de la tierra solemnemente, bautizando la futura población con el nombre de la Virgen que se venera en Sevilla, Santa María de la Antigua, como lo había ofrecido antes de librar batalla á los indígenas. Aquella población fué la primera fundada en Colombia,

que subsistió algún tiempo y que tuvo visos de ciudad civilizada; pero que ya no existe, por haber tenido que abandonarla los Españoles pocos años después de haberla poblado, siendo el sitio por extremo insalubre.

El buen éxito que tuvo la indicación de Balboa y lo bien que se encontraron los Españoles en un lugar en que hallaron abundantes comidas, dieron suma importancia á su descubridor entre sus compatriotas. Además, Balboa era valiente, audaz, alegre, decididor, franco con sus compañeros de armas, bondadoso con sus inferiores, cortés con sus superiores, humano con los naturales, como pocos conquistadores de la época, generoso, nada codicioso de oro, sino ambicioso de mando y de glorias, aunque esto último lo ocultaba; pero preparaba el terreno para lo porvenir, ejerciendo una grande influencia entre los soldados de Enciso y volviéndose muy popular con la generosidad que manifestaba en los repartos del botín.

Enciso era, al contrario, muy poco querido entre los suyos. Nada flexible en sus opiniones, era aficionado á disputar, como todo hombre de leyes; rígido hasta el exceso, tenía todas las manías de un escribano viejo y toda la codicia del que había abandonado la vida tranquila por buscar aventuras que le proporcionasen el oro suficiente para volver á la existencia pacífica. No hay duda que Balboa explotó aquellos defectos con suma destreza y habilidad diplomática (que la tenía en alto grado) para hacer odioso á su rival, pues él aspiraba á apoderarse del gobierno de la colonia.

Una vez preparados los ánimos como lo deseaba, Balboa atacó al Alcalde Mayor en su mismo terreno, en el de las leyes, diciendo que no tenía jurisdicción ninguna en la colonia, porque la nueva ciudad no se encontraba en el territorio señalado á Ojeda, que era del otro lado del golfo, y que aquella estaba en la Castilla de Oro, la cual pertenecía á Nicuesa. Convocó una junta de todos los principales colonos, y expuestas sus ideas, pidió que se depusiese á Enciso como á un usurpador. Descontentos como estaban todos, casi unánimemente se acordó que le sería notificada su separación del gobierno al Alcalde Mayor; lo cual hicieron tumultuosamente, profiriendo palabras descorateses y proclamando que en adelante no le considera-

rían como á su Gobernador. Aquél fué el primer motín popular que aconteció en el Istmo de Panamá, costumbre que desgraciadamente, al cabo de siglos, ha sido muchas veces continuada.

II

Depuesto Enciso, los colonos de la Antigua no sabían á quién poner en su lugar; algunos estaban en favor de un Samudio, otros en el de Balboa, y mientras no resolvían cuál de los dos había de obtener el mando supremo, eligieron Alcaldes en compañía á los dos émulos.

De esta manera duraron viviendo un año, edificando entre tanto casas, una fortaleza y una iglesia, y haciendo de cuando en cuando entradas al interior de la tierra, á la busca de alimentos y oro, que se repartían entre sí equitativamente, apartando el quinto para el Rey con suma religiosidad.

Empezaba el año de 1511, cuando una mañana los colonos oyeron cañonazos del otro lado del golfo; contestaron por el mismo medio, y poco después vieron arribar dos carabelas bien abastecidas de víveres, al mando de un Rodrigo de Colmenares que andaba en solicitud de Nicuesa; otros dicen que por abastecer á Ojeda.

“Nunca, dice Gomara, españoles se abrazaron con tantas lágrimas de placer como éstos; unos por hallar, otros por ser hallados. Recreáronse con la carne, pan y vino que las naves llevaban, y vistiéronse aquellos trabajados. Españoles, que traían andrajos, y renovaron las armas.”

Durante los primeros años de la conquista, los Españoles no podían enseñarse á las comidas de los naturales, y si no tenían efectos europeos se creían muertos de hambre, aunque abundasen los del país; tanto más cuanto las producciones de la tierra escaseaban; y sin duda entonces, como ahora, las frutas les

procuraban fiebres malignas é intermitentes que á tantos han causado la muerte.

Aconsejados los colonos por Colmenares, — quien parece haber sido hombre amante de la paz y del buen gobierno, — consiguió que llamasen á Nicuesa á que gobernase la Antigua, y él se encargó con gusto del mensaje ante el legítimo Jefe de la colonia. Pero este arreglo no convenía de ninguna manera á Enciso, que deseaba recuperar el mando, ni á Balboa, que ambicionaba gobernar solo; así fué que se hallaron en armonía para hacerle la guerra á Nicuesa, ayudados por los enemigos personales del infeliz Descubridor. No cesaban de intrigar unos y otros para que rechazasen al mismo á quien habían mandado llamar; pero no sabían cómo eludirle, cuando se le ocurrió á Balboa que lo mejor que se podía hacer en aquellas circunstancias era impedirle que desembarcara. Así sucedió: salió todo el pueblo á prohibir á Nicuesa que tomara tierra en la Antigua, pero obraron con tanta crueldad, que Balboa que, como hemos dicho, era humano y de bondadoso corazón, comprendió que el manejo con el legítimo Gobernador de Castilla de Oro era demasiado duro, y trató de interceder por él, pesándole en el alma haber levantado la tempestad. Pero una vez azuzada la furia popular, no hay quien la enfrene, y sucedió, como sucede siempre, que le amenazaron á él mismo con su cólera si continuaba abogando en favor de Nicuesa. Fuéle preciso estarse quieto mientras que el desdichado se hacía á la vela y desaparecía para siempre en el horizonte.

A pesar de este acontecimiento, Balboa no perdió su prestigio entre los suyos, y á poco logró que le reconocieran como jefe de la colonia, mientras que el Bachiller Enciso se embarcaba (sin duda en el bergantín de Colmenares) en vía para España, con el objeto de irse á quejar en la Corte de la conducta de Balboa.

Pero Vasco Núñez no estaba aún contento; temía al partido que había apoyado á Samudio, y deseaba sacar á éste á todo trance de la colonia, así como á otro competidor que había tenido, — un tal Valdivia, — por lo cual mandó al prisionero á España á que le defendiera el pleito que intentaba Enciso, y á Valdivia á la Española á que contratase soldados y provisiones para

la Gobernación. (*) Además, Samudio llevaba todo los poderes de Balboa para que contratase en la Corte su nombramiento de Gobernador del Darién, y una fuerte suma para Miguel de Pasamonte, Tesorero en la Española, con el objeto de que ejerciera su influencia con el Rey para que le diera lo que pedía. Todos estos manejos diplomáticos y la facilidad con que gobernaba á las gentes, probaban que Balboa era hombre notable é importante y que había nacido con el dón del mando.

Entre tanto que se aclaraba su posición usurpada en aquella Gobernación, Balboa, que sabía cuán perniciosa era la ociosidad, se preparó al mismo tiempo á ganar méritos con nuevas conquistas. La primera expedición que emprendió fué al territorio del cacique Careta, que tenía fama de poseer grandes sembrerías y súbditos consagrados á la labor de los campos. Ganóse la buena voluntad de aquel cacique, el cual ofreció suministrar los víveres suficientes para la colonia.

(*) Curioso es lo que aconteció al mismo Valdivia en un viaje subsiguiente. Refieren los cronistas que habiéndose dado á la vela en 1511, en tiempo borrascoso, fué acometido en las cercanías de Jamaica por un terrible huracán; su embarcación se hizo pedazos, pero él se pudo salvar en una lancha con sus veinte compañeros. Durante trece días permanecieron navegando sin rumbo ni alimentos ningunos por aquellos mares, hasta que pudieron arribar los que quedaban vivos, que eran unos catorce, á las costas de Yucatán. Allí fueron apresados por los naturales, que les llevaron á su cacique, quien les tuvo encerrados, pero les daba alimentos en abundancia, como que á poco los indios notaron que engordaban á ojos vistas. Apenas Valdivia y cuatro más estuvieron en buenas carnes, cuando les sacaron á sacrificarlos á los ídolos, y sirvieron después para el opíparo banquete del cacique. Horrorizados los demás Españoles, rehusaron comer, á fin de permanecer flacos, y al cabo pudieron escaparse, sufriendo mil penalidades. Siete años después, en 1519, yendo Hernán Cortés para México, uno de estos desgraciados, llamado Gerónimo de Aguilar, logró escaparse de la tribu en que permanecía como esclavo y reunirse á los Españoles, lamentando que su compañero Gonzalo Guerrero, el único que había quedado vivo, rehusara volver á tierra de cristianos, pues prefirió vivir entre los indios, más bien que presentarse á sus compatriotas, desfigurado con pintura indeleble el rostro, horadadas las narices y picadas las orejas, y también porque tenía mujer é hijos entre los salvajes.

si Balboa le ayudaba á derrotar á otro cacique, su enemigo; en prueba de su sinceridad le entregó una hija suya para que francamente la tomase por esposa, la que Balboa aceptó. Ambos cumplieron religiosamente lo pactado, y siempre vivieron en buena armonía.

En otra expedición que hizo nuestro descubridor á las tierras del cacique Comagre, en el interior del Istmo, encontró que aquel indígena era el más civilizado de cuantos había visto hasta entonces: dentro de su cercado tenía casas de madera bastante cómodas, y sus súbditos fabricaban bellas telas de algodón; mas lo que pareció todavía mejor que todo á los Españoles fué que se adornaban con joyuelas de oro fino, y regalaron á los invasores una gran cantidad de ellas. Estando en aquella aldea indígena, el hijo del cacique, mozo inteligente y animoso, dijo á Balboa que en las orillas de otro mar, que demoraba al Sur de sus Estados, había muchísimo oro y perlas, y que sus habitantes andaban vestidos como los Españoles y navegaban en barcos con velas: aquella fué la primera noticia que tuvo Balboa del Océano Pacífico, y desde ese momento se abrieron nuevos horizontes á su elevada ambición. Inmediatamente se volvió Balboa á la Antigua á comunicar á España aquella sorprendente noticia, y pedir hombres y recursos para ir á la busca de ese mar desconocido, en cuyas riberas, al parecer, vivían poblaciones ricas y civilizadas.

Mientras que le llegaban los recursos necesarios para emprender el gran descubrimiento del mar del Sur, acometió Balboa la exploración de las márgenes del río Atrato, con el objeto de ir en persecución de los tesoros de Dobaiba, que tenían gran fama entre los indígenas, pero que jamás hallaron los Españoles. Balboa recorrió la tierra por varias bocas del Atrato hasta un punto llamado Murindó, venciendo á cuantas tribus indígenas le trataron de impedir el paso. Aterrados los naturales con la audacia de los invasores, resolvieron reunirse las principales tribus para hacerles parecer á todos, antes de que se internaran más en sus selvas, y urdieron una conspiración con el objeto de dar un golpe sobre el campamento español y sacrificarles á todos sin dejar uno.

Pero la suerte estaba echada : había sonado la hora postrera del dominio de la raza indígena en el Nuevo Mundo, y resultó que del seno de los mismos aborígenes debía levantarse quien salvara á los Españoles. Sucedió que una mujer indígena que había cautivado Balboa tuvo noticia del proyecto sanguinario que maduraban sus compatriotas, y no pudiendo resistir al deseo de salvar á su amo, le reveló con todos sus pormenores el secreto que le había sido confiado. Balboa marchó al punto hasta el centro del campamento enemigo, sorprendiendo á los indios descuidados, apresó á los Jefes é hizo ahorcar para escarmiento de los demás. Aquellos naturales, que hubieran podido sacrificar al puñado de aventureros en un momento, se espantaron tanto con el arrojó de Balboa, que, llenos de supersticioso pavor, se inclinaron ante una suerte inevitable y huyeron á ocultarse en el fondo de sus bosques.

Algunos historiadores han improbadó duramente este hecho de Balboa, quizá el único sanguinario que se encuentra en su vida; pero es preciso comprender la situación del Jefe español, rodeado de enemigos á punto de levantarse contra la colonia, que hubieran destruido, y reflexionar que era indispensable matar ó ser muerto por ellos: el instinto de la conservación es más poderoso que todo en un caso semejante.

III

De regreso á la Antigua, Balboa tuvo noticia de que el Gobierno español, instigado por las quejas elevadas contra él por el Bachiller Enciso, tenía intención de enviar otro Gobernador en su lugar; además, la inacción entre los soldados causaba mil males, por lo que resolvió, sin aguardar los recursos pedidos, emprender marcha sin demora en busca del mar del Sur y de las riquezas que allí se encontraban. Era tal el denuedo ó valor audaz que le distinguía, y veíase acompañado de tantos que tenían su mismo carácter osado y temple de hierro, que no titubeó en su propósito. De otra parte, acaso pensaría que lo más que podría sucederle era morir en demanda de una gloria segura; y entre ser removido de su em-

pleo ó rendir la vida en la lucha, era mejor buscar la fortuna en el peligro, la que tal vez le seguiría sonriendo como hasta entonces en todo lo que había acometido.

Dejando el país pacificado y en la ciudad los enfermos y menos aptos para la guerra, Balboa escogió ciento noventa hombres entre los más robustos y prácticos en la tierra, los cuales iban acompañados de una docena de perros adiestrados en la cacería de indios, que causaban más espanto á los naturales que las armas de los Españoles. *

Después de haber atravesado por enmedio de sierras fragosísimas y caminado durante veinticinco días por diversos elimas, librando combates á los indígenas que les salían al encuentro, nuestros descubridores llegaron el 25 de Septiembre de 1513 á una alta cima, de donde Balboa por primera vez pudo contemplar el Océano Pacífico. "Un poco antes de llegar arriba, dice el cronista Gomara, mandó parar su escuadrón y corrió á lo alto. Miró hacia el Mediodía, vió la mar, y en viéndola arrodillóse en tierra y alabó al Señor que le hacía tal merced." Después de alabar todos juntos á Dios, los Españoles erigieron en aquel punto un monumento de piedras amontonadas, y sobre éste levantaron una cruz hecha de madera bruta, la primera señal del cristiano que vió aquel mar, ó al menos la primera que sabemos históricamente fué levantada en esas soledades del Nuevo Mundo.

Pero no bastaba ver el mar: era preciso tomar posesión de él, lo cual hizo Balboa cuatro días después, bajando por la opuesta serranía hacia el golfo de San Miguel. En un lugar llamado Yaviza, se entró en las aguas con la espada desenvainada y tomó posesión del mar, en nombre del Rey de España y de su hija doña Juana. Era el 29 de Septiembre, y por eso llamó el golfo por el Santo del día.

Después de haber sometido á varios caciques de

* Entre los perros que fueron en aquella expedición, el más conocido era el de Balboa, llamado "Leoncico," hijo de otro, "Bécerro," que hizo muchas proezas crueles con los indios de las Antillas. Los dueños de los perros recibían una parte del botín, en recompensa de los servicios que prestaban aquellos animales en los combates con los indígenas.

aquellas comarcas y hecho acopio de oro y perlas que abundaban en las islas de todo el litoral, Balboa regresó triunfante y lleno de alegría á la Antigua, en donde le recibieron con señales de gran respeto y consideración, y celebraron regocijos públicos en su honor. Así fué como aquel caballero aventurero, sin más protección que su talento, ni más títulos que su denuedo, supo ganarse la buena voluntad de sus compañeros de armas, que le obedecían sin dificultad, bien que entre ellos se hallaban algunos futuros conquistadores (como Pizarro), los cuales no se denegaban á considerarle superior á ellos y se sujetaban dócilmente á su voluntad.

IV

Hasta aquella época la estrella de Balboa había ido subiendo sin cesar, hasta colocarse entre las constelaciones más brillantes del cielo de la fama; pero á poco empezó á menguar, hasta que se osecureció enteramente, arrojando su último rayo sobre el patíbulo del héroe.

Apenas le fué posible despachar una embarcación con un mensajero para España, lo hizo Balboa, enviando al Rey al mismo tiempo oro y perlas preciosas de las ganadas en el mar del Sur, y pidiendo con instancia le envasen el despacho de Adelantado y Gobernador de las tierras que había descubierto. Desgraciadamente el mensajero llegó tarde á la Corte, y el Rey no solamente había nombrado ya Gobernador del Darién (como llamaron aquella colonia), sino que éste había partido algunos días antes de que llegase el comisionado de Balboa. Eran tan lentas las comunicaciones entonces á través del Atlántico, que en Abril de 1514, cuando salió de Cádiz don Pedro Arias Dávila, el nuevo Gobernador, aun no se tenía noticia en España del descubrimiento del mar del Sur, acaecido el 25 de Septiembre del año anterior.

El Obispo de Burgos, don Juan Rodríguez Fonseca, fué siempre enemigo gratuito de Balboa, como lo había sido antes de Cristóbal Colón y lo fué luego de Hernán Cortés, y al mismo tiempo protegía á hombres

como Boyadilla, el perseguidor de Colón, y Pedrarias (Pedro Arias), el cruel verdugo de Balboa.

Empero, nuestro descubridor nada sabía de lo ocurrido, y con la paciencia característica del verdadero genio, aguardaba tranquilamente el resultado de su mensaje á la Corte, cuando una mañana del mes de Junio le fueron á notificar que se hallaba en las aguas del golfo la escuadra del Gobernador nombrado por el Rey para que tomase á su cargo la colonia. Aunque Balboa se sintió herido hasta el fondo del alma con tanta injusticia, no dejó conocer su indignación, y recibió al nuevo Gobernador sin mostrar disgusto, le hospedó en su casa con toda su comitiva, y al momento le entregó el mando, impidiendo que sus compañeros de armas manifestasen el natural descontento que sentían.

Entre tanto, Pedrarias, haciendo uso de las facultades concedidas por el Rey, y ya repleto de envidia y odio hacia Balboa, cuyos merecimientos no podía desconocer y le hacían sombra, mandó pregonar la residencia del Descubridor; y como los jueces le encontraron inocente de todo cargo grave y criminoso, Pedrarias se enfureció sobremanera, mas tuvo que ponerle en libertad, aunque contra todo su deseo. Pero sucedió que todo fué tomar á su cargo la gobernación de la Antigua el protegido del Patriarca de las Indias, cuando los indígenas de los alrededores dejaron de llevar á la ciudad el producto de sus sementeras. Los naturales habían auxiliado con gusto al Jefe anterior, porque se manifestaba humano y considerado con ellos, mientras que los secuaces de Pedrarias les trataban mal, salteaban y robaban sus sementeras y aun tomaban algunos cautivos para esclavizarlos.

No había trascurrido un mes desde la llegada de Pedrarias, cuando la colonia, antes pacífica y floreciente, se hallaba hambreada y falta de recursos, y además, se había dividido en dos bandos: unos que tomaban la defensa de la conducta del nuevo Gobernador, y otros, partidarios de Balboa, que se quejaban amargamente de la situación en que se hallaban por culpa de la codicia de los recién llegados. No había concluido el año de 1514, y ya de los mil quinientos hombres que habían desembarcado con Pedrarias apenas quedaban setecien-

tos enfermos y quejosos. Entre los nuevos colonos había jóvenes hidalgos, vestidos de seda y adornados con plumas y joyas, que habían dejado sus comodidades en España para ir á buscar fortuna en el Nuevo Mundo, y que se dejaban morir literalmente de hambre por las calles de la Antigua, ó se ocultaban en algún rincón para fallecer de fiebre, sin que hubiese tiempo de auxiliarlos.

Peró en aquellos afanes y angustias, Pedrarias sólo pensaba en que su rival debería burlarse de él, por su inexperiencia y mal manejo de la cosa pública, y crecía su odio y mala voluntad. Como quiera que Balboa le criticase ó nó, lo cierto es que los cronistas de su tiempo le alaban por su prudencia, y aseguran que, al contrario, procuraba calmar los ánimos é impedir desórdenes. No pudiendo el Gobernador encontrar nada que poder castigar en Balboa, trataba de vengarse despreciando sus servicios y dejándole sin empleo en la colonia. Enviando á otros á hacer descubrimientos importantes por el Istmo, ideó un medio de sacar de envidia á su rival, y fué mandarle con poca gente y mal pertrechada por las orillas del río Atrato, en donde sabía que los naturales eran feroces y numerosísimos.

Balboa, bién resuelto á evitar que le imputasen todo pensamiento de rebelión contra el poder del Gobernador, obedeció sus órdenes, aun cuando tenía el convencimiento de que el otro sólo ansiaba su pérdida. Su conducta en aquellas circunstancias es altamente notable, y prueba que poseía no sólo un carácter noble y levantado, sino también sentido diplomático. Desgraciadamente, como veremos después, olvidó el conocimiento que había adquirido de las malas cualidades de su enemigo, y descuidó su defensa, creyendo en la sinceridad de un pérfido.

De aquella expedición resultaron, como lo había pensado Pedrarias, innumerables desventuras y grandes desastres. A poco de haber salido de la ciudad, los indígenas se aprovecharon de la situación angustiosa de Balboa, no sólo para derrotarle y matarle casi toda la gente que llevaba consigo, sino que también le hirieron grave, aunque no mortalmente. Pedrarias recibió la noticia con señales de alegría tan marcadas como impropias de un hombre serio. Creía que si Balboa

no moría, como él lo había deseado, al menos se honra como Capitán y su gloria quedaría asegurada con tan ignominioso rechazo.

Pero no siempre las previsiones del odio se cumplen. No sólo no murió Balboa de la herida, sino que su fama no sufrió absolutamente; todos comprendieron que la derrota había sido preparada por su enemigo, y al contrario, aquella incalificable injusticia del Gobernador hizo crecer el cariño y la admiración de los colonos por el descubridor del mar del Sur. De otra parte, la humanidad tiene propensión á amar más bien lo brillante y lo amable que lo antipático y desagradable. Balboa estaba entonces en todo el vigor de la edad varonil: no había cumplido treinta y ocho años; era gallardo, rubio, lleno de brío, generoso con los suyos, y "amigo de sus amigos," como el condestable Manrique; mientras que Pedrarias era un hombre de edad avanzada, de genio atrabiliario, pequeño, raquítico, egoísta y mal humorado con todos. ¿Sería raro que la mayoría estuviese más bien en favor del joven que del viejo? Además, abogaba por Balboa fray Juan de Quevedo, el primer Obispo de Tierra-Firme que había llegado á aquellas partes con Pedrarias: "religioso de mucha prudencia y piedad, dice Acosta, que trajo algunos eclesiásticos que, junto con el pastor, vinieron á ser testigos, aunque no partícipes, de las violencias y rapiñas con que destruyeron aquellas tierras Pedrarias y sus oficiales." Mas si Balboa gozaba de la popularidad del mayor número, Pedrarias, en compensación, tenía la fuerza, el prestigio que le daba el empleo, y se sabía que el Rey le favorecía, lo cual bastaba para hacer callar al más intrépido colono.

Balboa, una vez repuesto de su herida, vagaba un día, sin ningún empleo, por la ciudad de la Antigua, cuando arribó un buque, directamente de España, llevando despachos para la Gobernación del Darién, y una carta del Rey dirigida á Balboa, en la que le felicitaba por su descubrimiento del mar del Sur y le nombraba Adelantado y Gobernador de las tierras descubiertas por él en las márgenes del mar del Sur, con otras mercedes. Pero el Patriarca de las Indias, que, como hemos dicho, tenía mala voluntad á Balboa, logró que á aquellos favores les pusieran una traba: la

necesidad de pedir permiso á Pedrarias para emprender expediciones á través de la nueva Gobernación.

Naturalmente Pedrarias se negó á permitir que su rival se hiciese cargo del empleo, y puso toda especie de impedimentos en su camino para que llevase á efecto ninguna expedición. Entonces el Obispo, que lamentaba las desavenencias que había en la Antigua, hizo un último esfuerzo para amistar á Pedrarias con Balboa, y lo consiguió, por medio de un matrimonio proyectado entre el descubridor del Pacífico y una hija que tenía Pedrarias en España. Como el envidioso Gobernador se resistiese á conceder la mano de su hija al hombre á quien tanto odiaba, el buen Obispo le ponderó la fama que ya tenía Balboa en España, lo cual tarde ó temprano le procuraría nuevas glorias, que él, Pedrarias, no podría evitar; y entre tanto, le añadía, él estaba ya de bastante edad, y pronto necesitaría alguna persona de su confianza que le ayudase en sus propias empresas. ¿Y quién mejor para el caso que un yerno como aquél?

Una vez que se proclamó la unión y pacto de amistad concertado entre los dos rivales, todas las personas juiciosas de la colonia lo celebraron con regocijos públicos, muy contentos de que terminasen las asonadas y revueltas que continuamente turbaban la paz de la población. La Antigua fué almacigo en donde se hicieron á las armas muchos conquistadores de América, como Pizarro y Almagro, conquistadores del Perú y Chile, Balalcázar, uno de los descubridores y jefes militares más importantes del Nuevo Reino de Granada, los futuros conquistadores de Centro-América, y muchos subalternos que sería largo señalar. Véase allí también á hombres de talento y escritores de historia, como Gonzalo Hernández de Oviedo y Valdés, antiguo paje del príncipe Juan, nombrado Superintendente de las fundiciones en Castilla de Oro.

IV

A pesar de la amistad con que el concertado enlace de Balboa con la hija de Pedrarias debía unirles, el cruel Gobernador del Darién hacía cuanto estaba á su

alcance para retardar la partida de su futuro yerno en su viaje de descubrimiento y conquista por las orillas del mar del Sur. Pero al fin tuvo que permitirle sacar ochenta hombres de la Antigua para proseguir en su expedición, con la condición de que antes de emprender viaje á través del Istmo fundara, en nombre de Pedrarias, una aldea en un sitio de la costa llamado Acla, en donde ya estaba fundado un fuerte, y cuyo clima, se decía, era más sano que el de la Antigua; Balboa, sin murmurar ni negarse á ello, partió, como se lo mandaba su futuro suegro, á cumplir con su desco. ¿ En dónde estaban situados aquel fuerte y aquella población de que hablan los cronistas del tiempo? Ni aun siquiera se conoce á punto fijo dónde se halla el sitio que guarda las cenizas de Balboa. Según la relación de mando de don Antonio Caballero y Góngora, (*) la ciudad de Acla estaba fundada cerca del río Sacareli (¿querría decir *Sasardi*?); pero probablemente fué más bien en las cercanías de los ríos llamados hoy día *Aclatomaté* y *Aclasénica*, entre el cabo Tiburón y golfo de San Blas, costas hoy día tan salvajes y abandonadas como antes de la conquista.

Como Balboa necesitase recursos para conseguir los enseres con que fabricar las embarcaciones que debía labrar en el mar del Sur, varios habitantes del Darién le proporcionaron los fondos suficientes; y viendo que la madera propia para los barcos era mala y escasa del lado del Pacífico, resolvió hacer cortar y transportar á través del Istmo cuanto podía necesitar, en hombres de indios desdichados y de algunos negros recién importados de Africa. Por dos veces tuvo que hacer aquella penosísima operación, habiéndose ahogado en una inundación la primera partida que logró transportar. Pero aquella gente no se desanimaba nunca, y con una paciencia y fortaleza que hoy día nos parecen maravillosas, no se daban por vencidos sino cuando la muerte les interrumpía la carrera.

Corría el año de 1517 cuando Balboa, dueño ya de dos carabelas que había logrado labrar y tripular, se hizo á la vela por primera vez en el mar del Sur, en solicitud de aquellas poderosas naciones de que tanto le habían hablado los indígenas. Pero no estaba dispuesto por la Providencia que este descubridor, uno

(*) Citada en la "Historia Eclesiástica" de don José Manuel Groot.

de los más estimables de cuantos vinieron al Nuevo Mundo, encontrase el Perú; así fué que apenas llegó á la Punta de Piñas (que dista 46 millas al Sur de la Punta Garachiné), el confín del golfo de San Miguel descubierto cerca de cuatro años antes, y de allí tuvo que devolverse, con intención de concluir las otras embarcaciones y en seguida emprender seriamente su viaje de descubrimiento.

Pero mientras tanto el pérfido y envidioso Pedrarias, en ausencia del Obispo (que había regresado á España á dar cuenta al Rey de la situación de su grey), se había vuelto á dejar llevar por el odio que las glorias de Balboa le inspiraban. Este odio creció más y más cuando tuvo noticia del buen estado en que se hallaba la expedición de su futuro yerno, y resolvió poner fin á una existencia que tanta sombra le hacía. Pedrarias había abandonado casi por entero la Antigua y estableciéndose en Acla; de allí escribió á Balboa una carta, que éste recibió á poco de haberse devuelto de Punta de Piñas, diciéndole que deseaba darle algunas comunicaciones que no se atrevía á escribir por ser muy reservadas. Así, pues, suplicábale, con fingidas expresiones de cariño, que antes de emprender viaje pasase á verse con él y á recibir su abrazo de despedida.

Balboa, que había olvidado sus reyertas con Pedrarias, y cuyo noble corazón no podía abrigar sentimientos bajos, no titubeó un momento, y dejando recomendadas las embarcaciones que ya tenía listas para hacerse á la vela, se dirigió alegremente á Acla á ponerse á las órdenes del malvado Gobernador. Momentos antes de llegar á Acla se encontró con una escolta, comandada por su amigo y compañero Francisco Pizarro, quien le puso preso por orden del Gobernador; y no bien hubo llegado á la población, cuando le remacharon cadenas, acusándole como traidor, por haber tenido denuncia, dijo Pedrarias, de que Balboa intentaba independizarse del Rey de España, erigiéndose en soberano de las tierras que descubriese. Semejante acusación, tan absurda en toda época y más aún en aquel tiempo, causaría risa, si no fuese tan doloroso el desenlace que tuvo.

Sorprendido Balboa, negó con indignación áquel fárrago de sandeces, y pidió que le enviasen á España

á á Santa Domingo, signiera para que le juzgasen. Pero no convenia al miserable envidioso que le quería perder, el que le juzgasen en otra parte, y apresuró los trámites de la causa, temeroso de que hubiese un mo-
 tén en la población si aguardaba á que la gente volviera en sí de su sorpresa. Como el Alcalde Mayor, Gaspar de Espinosa, no se atreviese á condenarle, siendo los cargos vagos y traídos por los caballos, Pedrarias le ordenó por escrito que le condenase á muerte, junto con tres infelices más, para fingir que la condenación de Balboa no era inspiración del odio, sino de la justicia, y que la conspiración del descubridor del mar del Sur tenía raíces en la colonia, que era preciso cortar con tiempo.

A pesar del dolor y el espanto que causó en Acla aquella inexplicable condenación, los colonos tenían tanto á Pedrarias, cuyo carácter sanguinario les aterraba, que no se atrevieron á impedir aquel acto bárbaro, y vieron á Balboa subir al cadalso, sin protestar. Cuando el pregonero, según la costumbre del tiempo, gritó, al sacarle á morir:

“ Esta es la justicia que manda hacer el Rey nuestro Señor, y Pedrarias, su lugarteniente, en su nombre, á este hombre, por traidor y usurpador de las tierras sujetas á su real corona ; ”

Balboa, indignado, no pudo contenerse y exclamó :
 “ Es mentira ! es falsedad ! lo atestiguo delante de Dios, ante quien voy á comparecer, y de los hombres que me escuchan ! Deseo que todos los súbditos del Rey sean tan fieles como lo he sido yo ! ”

Inmediatamente después de aquellas palabras se cumplió la sentencia ; le cortaron la cabeza en la plaza de Acla, y su cadáver quedó tirado allí hasta el día siguiente, sin que nadie osase levantarlo, de miedo de disgustar al miserable Gobernador, que se había gozado con el suplicio, oculto detrás de un cercado vecino.

Vasco Núñez de Balboa perdió la vida ; pero Pedrarias quedó manchado para siempre con aquella sangre inocente, y mientras dure la historia del Nuevo Mundo subsistirá la memoria de aquel hecho, que no purgó el criminal, en este mundo al menos, porque le protegía el Patriarca de las Indias, quien, impidió fuese castigado.

AMBROSIO DE ALFINGER.

Descubiertas las costas de Venezuela desde el fin del siglo XV, no habían sido exploradas con cuidado, porque se tenía noticia de que en ellas no se encontraba oro, único cebo que llamaba la atención de los descubridores. Pero si no halagaban aquellos territorios por su riqueza, los visitaban los piratas con frecuencia para saltar las poblaciones indígenas y llevar grande acopio de cautivos, que vendían como esclavos en las Antillas.

En 1527 un buen hombre llamado Juan de Ampués, había tratado de fundar una población española en un sitio que llamó Santa Ana de Coro, que aún subsiste. Enviado por la Audiencia de Santo Domingo para que procurase amparar á las tribus indígenas perseguidas por los saltadores, cumplió con su deber religiosamente. Por desgracia, apenas tenía un año de vida la iniciada colonia, cuando el Emperador Carlos V tuvo á bien sacar fruto de ella para llenar sus arcas reales, vaciadas por las guerras que sostenía contra la mayor parte de los reyes europeos. Con el objeto de conseguir el dinero sonante que le ofrecía una compañía de ricos comerciantes flamencos (los Rothschild del siglo XVI), cedió á éstos, como feudo de la corona, todo el territorio de Venezuela, desde el Cabo de la Vela hasta Maracapaná, con derecho á conquistar en la tierra adentro, y con la condición de fundar dos ciudades y tres fortalezas bajo el mando de un Gobernador ó Adelantado, que nombraría la compañía que llamaban de los Welzars ó Behars, de Ausburgo.

En cambio de todo esto se daba permiso al que nombrasen Adelantado para recorrer el país á su antojo y sacar el quilo á los infelices naturales.

El primer Adelantado que nombraron los Belzares se llamaba Ambrosio Alfinger, el cual llegó á Coro á fines de 1528. El apellido de este hombre no era, sin embargo, Alfinger, y Castellanos dice que Míser Ambrosio era natural de Alfinger, una ciudad alemana. ¿Cuál es esa ciudad de Alemania? No hemos podido descubrir ninguna que lleve un nombre que se le parezca siquiera. Pero si no sabemos en dónde nació realmente, ni cuál era su verdadero apellido, el mismo cronista dice que vivía en la isla Española, en calidad de factor de la compañía Belzar, y que cuando pasó á Coro ya tenía experiencia de los trabajos que se pasaban en las tierras del Nuevo Mundo. (1)

Alfinger traía para atender á sus expediciones descubridoras unos 400 infantes y 80 de caballería, todos hombres de nacimiento español, según las órdenes del Rey, pero por su segundo llevaba otro alemán llamado Bartolomé Sailer. Apenas se hizo cargo el Adelantado del Gobierno, cuando se apresuró á recorrer el país, deseoso de no perder tiempo y reembolsar lo más presto posible lo que había entregado al Emperador la Compañía. Sabiendo que los habitantes más ricos eran los de las orillas del magnífico lago de Maracaibo, país que Ojeda había bautizado con el nombre de San Bartolomé y los aborígenes llamaban Coquibacoa, resolvió empezar sus correrías por aquel lado, mandando labrar varias embarcaciones propias para navegar por las aguas del lago. (2)

(1) Castellanos—Elegías. Parte II—Elegía 1—Canto II.

(2) "El lago de Maracaibo es el más hermoso y el más grande que existe en el país comprendido entre el mar Caribe y la apartada Patagonia. La grande elevación de las montañas circunvecinas y la espesura de los antiguos bosques que lo rodean, atraen sobre su hoya una inmensa cantidad de lluvias. Cae en él en un espacio de cuatro mil leguas cuadradas, y todas se reúnen en el lago, entrando también en él, por ciento veinte bocas, muchos ríos considerables. Son en gran trecho navegables algunos, ricos otros por las preciosas maderas de sus orillas, y áscurba otros en tierras deleznable y féculas."

Historia de Venezuela por Rafael M. Baralt, Cap. VIII, primer vol., pag. 150.

Bajo el dominio de Alfinger, capitanes y soldados todos tenían facultad cumplida de saltar y robar á su sabor, asolando el país, quemando caseríos, y cautivando cada cual para sí á los míseros indígenas, que enviaban á vender como esclavos á las Antillas. De aquel botín daban una parte al Adelantado y otra guardaban para ser entregada después á la Compañía alemana.

Volvióse el Adelantado á Coro en 1530, á rehacerse y preparar una nueva expedición por el lado de Occidente, la cual en breve aparejó, llevando *baquianos* ó expertos que conocían la lengua de los indígenas de aquellas partes. El idioma de todas las tribus de aquel litoral era casi el mismo (el *cumanagoto*), y aunque cada caserío tenía palabras diferentes, se conocía que el tronco había sido uno sólo, y bastaba conocer una lengua de aquéllas para entenderlas todas. Entre los baquianos que acompañaban á Alfinger se cuentan muchos de los que después se hicieron notables en la conquista del Nuevo Reino de Granada y cuyas hazañas referiremos adelante.

No había finalizado el año de 1530 todavía, cuando Alfinger emprendió camino deliberadamente hacia territorios que pertenecían á lo que fué después Provincia de Santa-Marta, sin cuidarse de la usurpación, puesto que creía difícilísimo que lo llegasen á descubrir en el fondo de aquellos bosques salvajes, no hollados por hombres civilizados.

Alfinger comandaba una tropa compuesta de ciento sesenta Españoles de infantería y cuarenta de á caballo, y acompañábales una turba de indios cargueros que llevaban los pertrechos, armas, comestibles, ropas y cuanto pudiera necesitar la Expedición en un largo viaje. Aunque la fragosidad de los caminos era tal que los caballos iban casi siempre vacíos, jamás se procuró aliviar un tanto á los míseros indígenas cargando los caballos con algo de lo que ellos llevaban. Alfinger pensaba que los naturales no eran dignos de la menor señal de compasión; llevábales, para que no se les huyesen, ensartados en dos cadenas (como lo hacían en España para trasladar los galeotes de una parte á otra) (*) y atados de manera que pudiesen pasar las cabezas

(*) Don Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaba, venían hasta doce hombres á pie, ensartados,

por los anillos, é iban todos unos en pos de otros, como las cuentas de un rosario. Se jactaba aquél de su invención, por ser sumamente económica, puesto que dos guardas, uno al principio y otro al fin de la cadena, bastaban para custodiar los esclavos. Pero perfeccionó aquella bárbara invención un criado de Alfinger, cuyo nombre no sabemos; pues en lugar de desatar al desgraciado á quien el cansancio ó la indignación no permitía caminar, le cortaba la cabeza, quedando los cuerpos tendidos en los caminos en señal de la crueldad de aquellos invasores. Sin duda, también se valieron de aquel horrible castigo para evitar que muchos se fingiesen cansados con el objeto de que les dejaran atrás.

Cada vez que la Expedición de Alfinger entraba en un caserío indígena, no se tomaba la pena de pedir lo que necesitaba, sino que se apoderaba de cuanto encontraba, mandaba matar á los desgraciados que procuraban huir, y antes de dejar el lugar lo incendiaba, y talaba las sementeras que no estaban en sazón. De esta manera llegaron al sitio que hoy llaman Río de la Hacha, nombre que le pusieron por habersele perdido una *hacha* á un soldado en aquel lugar. (*) De allí pasaron al Valle-Dupar, que atravesaron librando batalla á algunas tribus de feroces Chimilas, y bajaron hacia las márgenes del río Magdalena por la laguna de Tamalameque. En aquellos lugares consiguieron muchas *chagualas* de oro, joyuelas é ídolos, lo que les proporcionó un tesoro tan pesado, que les hacía mucho estorbo en el tránsito. Entonces resolvió Alfinger descansar en aquel lugar algún tiempo, mientras que enviaba á Coro los 60,000 castellanos de oro que llevaba, con un oficial seguro, acompañado de veinticinco hombres y de los indígenas que necesitase para cargar todo aquello. Estos debían conseguir algunos efectos que necesitaban y devolverse en busca de Alfinger inmediatamente. Pero aquellos desgraciados jamás volvieron; perdiéronse en el camino, en lugares tan esca-

como cuentas en una gran cadena de hierro, por los cuellos, y todos con esposas á las manos. . . Así como Sancho Panza los vido dijo: esta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras—Don Quijote—Part. I—Cap. XXII.

(*) Castellanos.—Parte II.—Elegía I.—Canto III.

sos de comestibles, que acabaron por matar uno á uno á los indios cargueros para comérseles. Cuando hubieron devorado á todos los esclavos, los feroces conquistadores se tuvieron miedo y se separaron, no quedando vivo sino uno solo, llamado Francisco Martín, quien vivió algunos años en medio de una tribu indígena que le protegió en su desamparo.

II

Cansado Alfinger de aguardar el regreso de los que había mandado á Coro, resolvió continuar su viaje de descubrimiento por las orillas del río Magdalena. Pero viendo que aquella ruta era difícilísima, torció sobre la izquierda y se internó por las agrias serranías que forman hoy los departamentos de Vélez y Soto en Colombia.

Felizmente para los indígenas de las mesetas de Bogotá, no tocó á Alfinger ser su primer descubridor, pues aquel nuevo Atila las hubiera dejado assoladas. Cuando la Providencia no permitió que la raza muisca fuera destruida, sus designios tendrían. Continuando su marcha, siempre á la izquierda, en demanda de Venezuela, Alfinger subió con su tropa medio desnuda y sin tener con qué abrigarse, de las ardientes márgenes del río Magdalena á los helados páramos de lo que hoy día se llama Estado de Santander, algunos de los cuales miden más de 4,400 metros sobre el nivel del mar. "La soledad es completa en aquellas frías regiones. (*) Horrorosos precipicios formados por cúmulos de rocas amontonadas confusamente, raídas ó agujereadas, y envueltas en nubes que las bañan desatadas en aguaceros, ú ocultas entre una densa cortina de nieblas, llenan la extensión del paisaje; y si alguna vez las ráfagas de viento que allí soplan con furia descorren el telón de vapores y permiten caer sobre la escena los rayos del sol, queda manifiesto un conjunto de almenas, paredones y colosales masas de calizas, que remedan las formas de gran-

(*) Véase "Geografía física y política del Estado de Santander," por Felipe Pérez.

des ruinas y restos de fortificaciones levantadas hasta donde la vegetación no ha podido subir. A sus piés se extienden llanuritas inclinadas, siempre verdes y vestidas de menudó pasto; más abajo hay otras, y otras inferiores á éstas y dispuestas en escalones. Humedecen el suelo multitud de lagunas que, ora permanecen contenidas en recipientes de peña viva, ora en el centro de tremedales peligrosos para el ganado que los pisa, las cuales vierten unas entre otras el sobrante de su caudal, ó lo envían directamente á los valles profundos, por chorros que á veces saltan precipitados en un vacío de más de mil metros y se pierden divididos en menuda lluvia; y á veces ruedan de escalón en escalón por los estratos que constituyen las trastornadas faldas de los cerros.

“El mugir de los vientos, frecuentemente superior á todos los ruidos, el de las cascadas, que aumenta ó se desvanece según la posición que ocupa el espectador, lo yermo y agreste de aquella comarca, desolada sin duda por terremotos cuya huella quedó estampada en tanto escombros: todo esto imprime al lugar un sello de grandeza melancólica que se graba en la memoria con el recuerdo de los peligros á que se ha visto expuesto el expectador de esos páramos solitarios.

“Consiste uno de los peligros, y no el menor, en la furia con que soplan los vientos á lo largo de los desfiladeros y gargantas, cuando se camina por la orilla de los precipicios. Produce estos fenómenos la configuración de la serranía, que arroja estribos casi paralelos hacia los valles de Cúcuta, al Oriente, y hacia la hoya del Lebrija, al Poniente; y la diferencia de temperatura que hay entre la cumbre de la serranía y el final de los estribos sobre las tierras bajas. Enrarecido el aire en las regiones inferiores, constantemente iluminadas por un sol ardoroso, se difunde y ocupa las gargantas de la serranía, determinando la rápida inmersión de las capas condensadas por el frío en lo alto de los páramos; mientras que la estrechez de las quebradas contribuye á dar el ímpetu del huracán á este aire desquiciado por falta de apoyo y comprimido en su corriente por los angostos y prolongados boquerones.”

Caminando por enmedio de aquellos riscos y se-

rranías, pasando en pocas horas del clima más ardiente al frío más intenso, y rodeados de peligros de todo género, los compañeros de Alfinger marchaban sin cesar en solicitud de tierras más propicias, y animados siempre por la esperanza de descubrir oro y más oro, en el cual consistía toda su ambición y su único anhelo.

Semejantes penalidades acabaron con la existencia de algunos Españoles, que no pudieron resistir á un cambio tan repentino de temperatura, y cerca de trescientos indígenas, que habían llevado como esclavos desde las ardientes márgenes del mar y que andaban enteramente desnudos, perecieron también en los páramos.

Cuando después de algunos días de sufrimientos cruentísimos empezaron á bajar á climas más benignos, encontró Alfinger que su fama le había tomado la delantera, y en tanto que unos naturales abandonaban sus caseríos y huían delante de él, otros le atacaban por diferentes partes y le hostilizaban sin cesar. Al fin llegaron á las vegas y llanuras fértiles de Chinacota, en donde los indígenas, más denodados que los que habían encontrado hasta entonces, trataron de hacerles una resistencia tan imponente, que Alfinger creyó prudente detenerse y aguardar entre unos riscos hasta el día siguiente.

A la madrugada salió Alfinger á caballo con el baquiano Esteban Martín á hacer un reconocimiento, cuando de repente, y sin las algazaras de costumbre, les acometió una tropa de indígenas, los cuales hirieron levemente á Martín y atravesaron con una flecha la garganta del Alemán, quien cayó moribundo al suelo; recogieronle los suyos, y á pesar de los cuidados que parece le prodigaron, murió al tercer día. Enterráronle en un vecino valle que conserva el nombre de *Miser Ambrosio*, y dice Castellanos que lo hicieron debajo de unos árboles umbrosos, y en la corteza de uno de ellos le pusieron este epitafio:

En Alfinger fué nacido
Una ciudad de Alemania;
Tierra bárbara y extraña
Tiene su cuerpo abscondido
En medio desta montaña. (1)

(1) Elegías de varones ilustres. — Parte II. — Elegía I. — Canto IV.

Hay quien crea que no fué la mano alevosa de los dueños de la tierra la que puso fin á la carrera de aquel cruel invasor, sino que fué muerto por sus propios compañeros, que estaban hartos de sangre y de injusticias. Así acabó su carrera aquel descubridor-monstruo! Por lo demás, la Expedición continuó su marcha de regreso á Venezuela, después de haber nombrado Capitán á Sanmartín y como guía á Esteban Martín.

JORGE DE SPIRA.

I

Después de haber narrado, aunque brevemente, la vida y aventuras del alemán Ambrosio Alfinger, se siente descanso al hablar de otros descubridores, también de raza germánica, pero cuyos caracteres no eran sanguinarios como el del primero.

Sabedores los habitantes de Coro de la muerte de Alfinger, despertóse al momento entre algunos Alemanes la ambición de ser nombrados Gobernadores en su lugar. Entre éstos el que más sobresalía por su audacia y carácter emprendedor era un joven, llamado Nicolás de Federmann, * el cual ya había hecho sus primeras armas en las Antillas y otras conquistas de Tierra-Firme. Tanto Federmann como varios de sus émulos trataron de embarcarse inmediatamente en vía para Europa, por ir á empeñarse con la Compañía de los Welzares ó Belzares para que les diesen los destinos que ambicionaban.

Federmann llegó primero que los demás, y como era conocido por los comerciantes flamencos, dieron oídos á su petición, é iban á nombrarle Gobernador de Venezuela, cuando llegaron de Coro sus émulos y malquerientes; y aunque éstos no podían pretender aquel destino, se ocuparon en desacreditar al pretendiente, y de tal manera informaron mal á la Compañía, que ésta cambió de propósito y negó definitivamente el nombramiento á Federmann, poniendo en su lugar á otro flamenco, llamado Jorge de Spira ó Espira. Sin embargo, para no dejarle enteramente desairado, le hicieron Teniente general del Gobernador, y le dieron otros privilegios que, al parecer, le de-

* Aunque los antiguos cronistas y modernos historiadores llaman á este descubridor, unos *Fredeman*, *Federmann*, otros *Waldeman* ó *Federmanns*, hemos pensado que era natural escribir su nombre según la ortografía alemana y como lo llaman los autores franceses y alemanes.

jaron satisfecho, porque no se supo que Federmann hubiese reclamado. Jorge de Espira era hombre de alguna consideración en su patria, y su posición era suficientemente elevada para que Federmann le acatase y guardase miramientos y respetos.

Partieron juntos para España, en donde debía hacerse una leva de gente que pensaban llevar á Venezuela para atender á nuevas conquistas, siendo condición expresa del Gobierno español que todos los soldados que llevaran á Indias fuesen súbditos españoles. Para mediados de 1533 Espira y Federmann, que habían obrado en completa armonía, tenían reunidos cuatrocientos hombres de armas, bastantes caballos y perros y bagajes y pertrechos en abundancia. Embarcáronse en el río Guadalquivir é hicieron rumbo para las islas Canarias; pero desde que salieron les asaltaron en alta mar tempestades pavorosas, y estuvieron á punto de naufragar varias veces. Una vez que llegaron á las Canarias, el tiempo se serenó, y en el resto del viaje llevaron vientos bonancibles hasta arribar á Coro en Febrero de 1534. La primera diligencia de Espira fué ponerse en marcha inmediatamente en busca de nuevas y ricas tierras donde se hallara el oro en abundancia, único móvil de cuantas expediciones emprendían los descubridores en aquel siglo. Hablábase mucho en la colonia de un país muy rico que demoraba al sur del lago de Maracaibo y más allá de las serranías de Carora. Pero como no hubiese en Coro los recursos suficientes é indispensables para emprender con provecho un viaje largo, para no perder tiempo Espira se puso en marcha con la gente que pudo reunir (trescientos hombres de infantería y cerca de ciento de caballería), dejando en Coro á su Teniente general, quien debía partir inmediatamente para Santo Domingo á conseguir allí lo que se necesitaba, y alcanzar después al Gobernador en el camino de las serranías de Carora.

Espira marchaba lentamente, y de esta manera atravesó su gente las ásperas laderas de la serranía y se detuvo en el valle de Barquisimeto; en seguida se dirigieron á la provincia de Barañe ó Araure, librando continuas batallas á los indígenas que pretendían atajarles el paso, los cuales, unidos á la estación Hi-

viosa que les acometió, les atormentaban sin cesar. Marchaban, pues, sin detenerse, procurando evitar las inundaciones y conquistando la tierra con el filo de su espada. Al fin, viendo Espira que era imposible continuar el viaje durante la estación lluviosa, se detuvo en las márgenes del río Aricagua, en donde aguardó tres meses la llegada de su Teniente; pero como éste no llegase, levantó el campamento, ya entrado el verano, y siguió su camino, buscando los estribos de la cordillera, siempre perseguido por los naturales y atormentado por la aspereza de las serranías. De esta manera pasó por el sitio en que después se fundó la ciudad de Barinas y en donde hoy día se encuentra la aldea de Piedras (en territorio venezolano). De allí volvieron al Sur y se internaron por los Llanos, esguazaron los ríos Apure, Sarare y Casanare, y al fin hicieron alto en las orillas del Upía, pues ya entraba nuevamente la estación lluviosa. El sitio que había escogido Espira para librarse de las inundaciones era el mismo que servía de guarida á los tigres de los montornos, los cuales les atacaban á toda hora; y ni la luz del día arredraba á aquellas hambrientas fieras, que se sacaban á los Españoles de las hamacas y diezmaban á los indios de servicio.

II

En Upía, Espira tuvo noticia por primera vez de la existencia del Imperio Muisca; pero como creyese que todo lo que le aseguraban los naturales era con el objeto de desviarle de su camino, no quiso dar oídos á lo que le decían, y se propuso seguir siempre hácia el Sur, á través de los Llanos, en busca de un país que le habían pintado riquísimo y que no existía. Minada entre tanto la Expedición por las hostilidades de los indios y de las fieras; diezmada por las enfermedades en lugares que al presente se consideran tan malsanos, que ni las personas que los atraviesan con todas las comodidades que ofrece la civilización actual escapan á veces con vida; perseguida por los mosquitos que les producían llagas; todos muertos de hambre . . . ni con todo

esto aquellos hombres de hierro se desanimaban, ni estaban dispuestos á abandonar la empresa! Al contrario, parecía como que las mismas penalidades é indescibles sufrimientos les infundiesen mayor ánimo y más energía y valor!

El 15 de Agosto de 1536 Espira llegó á un sitio que bautizó con el nombre de Nuestra Señora de la Asunción, en donde, habiendo encontrado bastantes recursos y alimentos abundantes, resolvió hacer alto y descansar, é hizo después una excursión por las orillas del río Ariare. Allí encontraban hermosos paisajes, sembrados risueños, naturales bien dispuestos para con los invasores, quienes, en lugar de atacarles y hacerles la guerra, manifestáronles admiración profunda y hasta adoración, contempládoles noche y día tanto, que aun de noche hacían hogueras para no perder de vista á aquellos brillantes forasteros que consideraban enviados del cielo.

Sucedió entonces que en una clara noche de luna despertó el campamento de Espira al són de los gritos más desgarradores de los indígenas, los más lastimosos clamores y los alaridos más espantables: era que ocurría en aquellos momentos un eclipse de luna, y los naturales, para castigarla, le arrojaban piedras, palos, tizones encendidos y cuanto hallaban á la mano.

Continuó Espira entre tanto su camino; pero habiendo entrado en el territorio de los Guayapes y los Choques, éstos salieron á atajarle el paso; estos salvajes eran antropófagos, y tan feroces, que peleaban con las canillas de sus enemigos á manera de armas. Después de los combates los Choques se arrojaban sobre los muertos, devoraban la carne, y en seguida afilaban las canillas de sus contrarios, y en largas astas las usaban en calidad de lanzas, empatándolas. El arrojamiento de los Choques infundió por primera vez algún desaliento á los descubridores, que ya carecían de pólvora, por lo que, arrojando sus arcabuces, peleaban tan sólo al arma blanca. Esta circunstancia, unida á la debilidad y flaqueza á que les habían reducido los trabajos y las enfermedades, hacía que los Españoles no se considerasen ya invencibles, y hubo veces en que estuvieron á punto de ser derrotados por los aborígenes.

Ante tales peligros, Espira se vió obligado á

abandonar la empresa, cuando, si hubiese caminado algunos días más hacia las sierras, á él hubiera tocado la gloria de descubrir el Imperio Muisca. Además de la situación en que se hallaba su tropa, Espira estaba muy alarmado con la tardanza de su Teniente general, y deseaba volver á Venezuela para indagar la conducta de Federmann. El regreso á Coto fué prontamente puesto en ejecución, desandando todo el terreno que habían descubierto y que forma hoy la parte más oriental de las Repúblicas de Colombia y Venezuela.

Yá en las cercanías del río Apure, Espira tuvo noticias y vió el rastro reciente de Españoles, comprendiendo que éstos debían de ser las tropas de Federmann. Inmediatamente mandó que les dieran alcance para conferenciar con su Teniente. Pero el astuto Federmann, que sólo deseaba obrar por su cuenta, advirtió también que se acercaba Espira, y sin aguardar á los mensajeros de su caudillo se arrojó con toda su tropa hacia los Llanos, con lo cual los otros perdieron su huella. Después de tres, cuatro ó cinco años de ausencia (pues los cronistas no están acordes acerca de la duración de aquella jornada), Espira arribó de nuevo á Coro, en donde se volvió á encargar, dicen unos, de la Gobernación de Venezuela; otros aseguran que desde entonces hasta la hora de su muerte (1540) no se ocupó sino en sus asuntos particulares.

Aunque, según parece, este alemán carecía de las brillantes cualidades de un conquistador, y en realidad su viaje, puramente de descubrimiento, fué estéril para el bien de la civilización, también es preciso confesar que tampoco tuvo defectos notables, y que á él se le debe el descubrimiento de los Llanos que hoy se llaman de Casanare y de San Martín en Colombia.

NICOLAS DE FEDERMANN.

I

Recordarán nuestros lectores que cuando Espira emprendió marcha en demanda de las ricas tierras que creía demoraban al Sur de los Llanos, dejó en Coro á su Teniente general Federmann, con el objeto de que acopiara pertrechos en la isla Española y continuara después en busca de su caudillo, siguiendo sus huellas. Pero en lo que menos pensaba Federmann era en obedecer á su Jefe, y lo que ambicionaba de tiempo atrás era hacer descubrimientos y conquistas por su propia cuenta. Así fué que apenas partió Espira en su jornada, cuando su Teniente general, sin acordarse de las órdenes que había dejado el Gobernador, envió inmediatamente á un capitán amigo suyo, llamado Antonio de Chaves, con una partida de soldados, al Cabo de la Vela, sobre las costas del mar de las Antillas, con orden de que le aguardaran allí, mientras que él pasaba á Santo-Domingo en busca de recursos para emprender una expedición propia, desentendiéndose enteramente de la de Espira.

Algunos meses después, á fines del año de 1584, Federmann se unió al Capitán Chaves, que le aguardaba en el Cabo de la Vela: llevaba de Santo-Domingo ochenta hombres, unos treinta caballos más y bastantes pertrechos y comestibles frescos. Además, había hecho fabricar ciertas maquinarias que él había ideado para pescar perlas, que sabía abundaban en aquellas costas. Pero esta esperanza resultó fallida, y aunque no faltaban hostiales en el Cabo de la Vela, nunca logró pescar nada de provecho; las maquinarias no sirvieron, y ni Españoles ni indígenas se prestaron á servirle de buzos.

Sin embargo, si la pesquería no tuvo efecto en aquella costa, en desquite Federmann logró atraer con buenas y corteses palabras á una compañía de soldados veteranos de Santa-Marta, al mando de un Capitán Rivera, que encontró perdida por aquellas soledades y despoblados. Con esto aumentó la tropa que tenía, y se aprovechó de ello para abandonar la inútil pesquería y atender á una empresa que pensaba le sería más ventajosa. Como hubiese tenido noticia de las tierras que había visitado Alfinger, en donde abundaba el oro, resolvió emprender marcha hacia ellas. Internándose por las montañas altas del Valle-Dupar (desobedeciendo ya resueltamente las órdenes de Espira), gastó varios meses y la mayor parte de los recursos que debía haberle llevado al Gobernador.

El viaje resultó infructuoso, y además de que los naturales recibieron á los expedicionarios á mano armada, y éstos no encontraban en ninguna parte el oro que ambicionaban, los soldados de Rivera iban forzados y descontentos, y los de Federmann disgustados con la abierta contradicción que su caudillo manifestaba á las órdenes de Espira. Aquel descontento y disgusto de la tropa se patentizó con la continua desertión que empezó á cundir, hasta alarmar gravemente á los oficiales; sin que encontrasen otro remedio para atajar el mal, sino dar orden de volverse para Venezuela. De otra parte, Federmann deseaba volver á Coro, en donde pensaba recibir noticias de Europa, que no había tenido hacía muchos meses. Regresó, pues, hacia el lago de Maracaibo, á cuyas márgenes llegó á fines del año de 1535, después de haber perdido dos años en correrías inútiles que habían absorbido cuantos recursos reunió en su nombre y en el de Espira.

II.

Acopiados nuevamente los recursos que pudo recoger en Coro, y reunidos todos los hombres de armas tomar que encontró, Federmann tornó á ponerse en camino, largos meses después, siguiendo en esta ocasión las huellas de Espira. Así, trasmontando las serras

nías de Carora, emprendió definitivamente marcha hacia los Llanos. En el Tucuyo se le unió una tropa de sesenta hombres, resto de las expediciones de Gerónimo de Ortal, con lo cual cobró nuevo ánimo la gente para internarse por los Llanos, siempre siguiendo el derrotero de su Gobernador. Habiendo comenzado, entre tanto, la estación lluviosa, fué preciso hacer alto en el valle de Barquisimeto, en donde, contada la tropa, resultó que sólo llevaba poco más de doscientos hombres armados y los indios de servicio; pero toda era gente animosa y acostumbrada á la vida nómada, y se consideró que con esa tropa había de sobra para hacer frente á los riesgos del viaje.

Iba ya bien entrado el año de 1537 cuando Federmann empezó á aproximarse á las márgenes del río Apuré, en donde tuvo noticia de que se acercaba Espira, y con el objeto de no encontrarse con éste, enderezó rumbo directamente hacia el Sur. Como la estación lluviosa no había concluido aún, al internarse en los Llanos la Expedición, estuvo á punto de perecer toda, ahogada en las ciénagas de Arechona y Caocao. En aquel lugar sufrieron varios días con el agua á la cincha de los caballos y muertos de hambre, hasta que lograron volver á tierra firme y regresar otra vez hacia el pie de las sierras, en donde pensó Federmann que ya no corría el riesgo de volverse á encontrar con su Gobernador. Pero en aquellos lugares les acometieron otros peligros, y sin cesar tenían que defenderse de las fieras que les atacaban, de los insectos ponzoñosos que les mortificaban, y de las tierras quebradas por donde apenas podían transitar.

Una vez serenado el tiempo, viajaban sin tantas incomodidades por los Llanos; pero habiendo empezado otra vez las lluvias, Federmann hizo alto en una meseta pedregosa, no lejos del río Ariporo, sin duda en el mismo lugar en que está fundada la capital de Casanare, que denominan Moreno, en clima ardiente (29 grados por término medio), pero que no es malsano. Durante toda la estación lluviosa, la Expedición permaneció en aquel sitio, y en el verano siguiente marcharon con dirección al Meta, y de allí se internaron en una provincia que los indígenas llamaban Maruchari, en donde hallaron los rastros de la permanencia

que hizo la tropa de Espira en el pueblo indígena que él había llamado de Nuestra Señora y que la gente de Federmann bautizó con el nombre de la Fragna, porque fundaron una allí para herrar los caballos.

Estando en aquel lugar, Federmann se persuadió de que andaba errado en tratar de seguir hacia el Sur, y que en la cordillera podría encontrar más bien las riquezas que buscaba: varias veces había tenido noticia de una población que los indígenas le aseguraban tenía su asiento detrás de la serranía, la cual era muy rica y todos sus habitantes andaban vestidos; una prueba de civilización que los Españoles no habían encontrado en las tierras bajas recorridas. Aunque los intérpretes decían que los habitantes de las tierras altas tenían grandes ejércitos y armas muy buenas, esto no amilanó á los invasores, y Federmann soñaba ya con un segundo Perú y con adquirir la fama de un nuevo Pizarro.

Una vez que descansó la tropa y estuvieron herrados los caballos lo mejor que se pudo, el caudillo dió la órden de marcha, y á pocos días empezaron á trepar por los estribos de las altas sierras con grandísimo ánimo. Adelante iba siempre el primer baquiano de la Expedición, Pedro de Limpias, y detrás de él seguía el bien disminuido ejército. Concluía por entonces ya el año de 1538, y hacía dos que vagaban sin rumbo por aquellas asperezas, cuando, al salir de la ardiente zona de los Llanos, empezaron á escalar las montañas y carros escarpados de la alta cordillera que cercaba el Imperio Muisca. ¡Qué no sufrió aquella gente descaminada abriendo sendas al través de montañas espesas, rompiendo muros de piedra, atravesando torrentes, y cruzando páramos en donde soplaban un cierzo helado que les llegaba hasta la medula de los huesos! Después de sufrir casi desnudos las plagas que les atormentaban en las tierras calientes, la llegada á los helados y yermos páramos de Sumapaz y Pascá, á miles de metros sobre el nivel del mar, debió de haberles hecho una impresión indecible. La primera población muisca que hallaron fué la de Fosca, situada en un pequeño valle rodeado de páramos, á más de dos mil metros sobre el nivel del mar.

En aquella aldea indígena tuvieron alguna noticia

de la invasión de Gonzalo Jiménez de Quesada, y como les dijese que había un forastero en Pasca que les podía dar razón de la llegada de otros Españoles al Imperio Muisca, nuestros expedicionarios resolvieron pasar á ese lugar. Aunque este caserío no quedaba muy lejos de Pasca, en línea recta, los cerros son tan altos, escarpados y trastornados que hoy día apenas se atreven á transitar aquellas sendas gentes de á pié, porque parece imposible recorrerlas en cabalgaduras. Y con todo, Federmann, á la cabeza de su Expedición, lo hizo, y llegó á Pasca ya en los primeros días del año de 1539, sin que le ocurriera desgracia ninguna.

En Pasca se encontraron con Lázaro Fonte, un oficial que Quesada había desterrado á aquel lugar por vía de castigo. No obstante, el natural contento que todos sentían al verse con un hombre de su raza, y persuadirse de que ya no corrían riesgo de morir de hambre ni á manos de enemigos más poderosos, no hay duda que Federmann experimentaría escaso gozo al considerar frustradas todas sus esperanzas de gloria, y en lugar de ver su nombre ensalzado como el de un gran conquistador, convertirse en el de un humilde y desconocido descubridor de tierras y tribus indígenas completamente salvajes, mientras que otros cosecharían fama y riqueza. Además, debió de serle amargo el pensar que, por atender á su egoísta ambición, había perdido dos años en el Cabo de la Vela y el Valle-Dupar, abandonando á su caudillo, mientras que si hubiera obedecido á éste, tal vez hubiese tocado en suerte á los dos la conquista del Imperio Muisca.

No bien se hubieron acuartelado los nuevos invasores para descansar en Pasca, cuando llegaron emisarios que enviaba Quesada á averiguar quiénes eran y de dónde venían aquellos extraños viajeros. Una vez sabedor de lo que eran y de dónde procedían, aquél mandó ofrecer diez mil pesos de oro á Federmann con tal que abandonase la conquista, y á sus soldados los mismos privilegios que á los suyos, si consentían en quedarse en Santafé de Bogotá y reconocerle á él por su caudillo y Gobernador. Federmann aceptó la propuesta del conquistador del Nuevo Reino de Granada, y á mediados de Enero hizo su entrada en Santafé, junto con la expedición que venía de Quito con Sebas-

tián de Belalcázar. En el mes de Mayo subsiguiente los tres candillos, que habían llegado á las altiplanicies de Bogotá después de haber salido de lugares diametralmente opuestos, emprendieron viaje á la Costa, embarcándose en Guataquí y bajando el Magdalena hasta Cartagena.

Federmann pasó inmediatamente á España con Quesada, y de allí á Ausburgo, á verse con los Belzares, á quienes intentaba pedir la gobernación de Venezuela, alegando los méritos que había adquirido como descubridor. Pero ya antes de su llegada habían tenido noticia aquellos comerciantes del mal manejo de Federmann para con Espira, y de su desobediencia á cuantas órdenes le había dado éste, por lo que, en lugar de darle recompensa, le confiscaron sus bienes y le quitaron el empleo que le habían dado.

Profundamente afligido, pero no desalentado con aquel contratiempo, Federmann se dirigía otra vez á España á buscar fortuna, cuando le acometió una tempestad en alta mar, en la cual naufragó la embarcación en que iba, y él se ahogó. Otros dicen que se salvó con vida, llegó á Madrid, y allí murió sin haber conseguido nada de lo que deseaba.

Fué Nicolás de Federmann hombre de tan buenos y corteses modales, que refieren los cronistas que jamás se le oyó proferir palabras descompuestas, y era tan afable, compasivo y misericordioso con sus inferiores, que éstos le idolatraban. Jamás se le tachó de codicioso ni de cruel, y sus enemigos no pudieron nunca mencionar de él una acción sanguinaria ó perversa. Tenía rostro blanco y hermoso, elevada estatura, barba roja y poblada, y era muy ágil y diestro en todos los ejercicios corporales. No hemos podido descubrir el lugar ni el año de su nacimiento; pero, sin duda, estaba en todo el vigor de su juventud, cuando pudo llevar á cabo un viaje tan peligroso como el que hizo desde Venezuela hasta Bogotá, sin que se dijera que hubiese flaqueado una sola vez.